

UN LIBRO MAS

COSAS DE ANTAÑO

MENUDENCIAS HISTÓRICAS

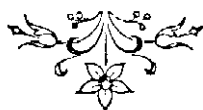
DE

LA DIVISIÓN DE 1852

LO DEL TRIPILI

POR

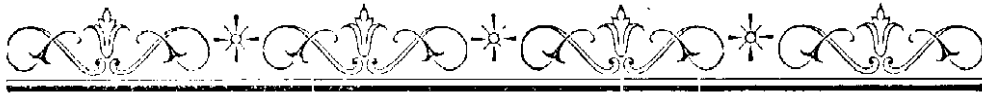
J. C. MORENO



LAS PALMAS

Tipografía del "Diario", Buenos Aires 36

1914



COMO PRÓLOGO

¿Pero qué División?

No se pregunte eso entre nosotros. Aquí no hay más división que la de la Provincia; la misma operación aritmética que lleva ese nombre, no la consideramos tal si el divisor es dos.

Para ese divisor, solo la Provincia es dividendo.

No pretendo lápidas ni centenarios; pero no me considero menos historiador, canario, moderno, se entiende, que Prudencio Morales y Batllori; solo que mi especialidad es relatar lo *menudo* de los hechos y esto sin extenderme más allá de la localidad.

Y con tal objeto procuro darle á mis *minucias* históricas el mayor color y sabor de época que me es posible, sin guardar orden de fechas ni encadenamiento de cosas.

Así confieso que las dos menudencias que á guisa de prólogo voy á narrar, no recuerdo bien si pasaron antes de la División de 1852 ó en el período comprendido entre esta y la de 1858,

Con el carácter de Comisionado, si mal no recuerdo, ó como fuere, mandaron á la Corte á Don

Rafael Rancer ó Rancel, de Lanzarote, á quien conocí anciano allá por el año sesenta y dos del pasado siglo. Se decía que era un orador de punta; lo sería tal vez, pero de lo que realmente tenía trazas era de haber sido un mocetón guapote y bien plantado, con algo de fantoche. Su hablar era tan fácil como enfático y poseía un vozarrón sonoro y pretencioso.

Volvió de allá, no se con que noticias halagadoras sobre nuestra cuestión con Tenerife; pero el caso fué, que el pueblo entusiasmado lo trajo en hombros, victoreándole con férvido aclamar, desde el muelle hasta el hotel ó fonda donde asistió.

Proverbial es su frase, *Gracias amado pueblo*, que dirigía repetidamente durante su triunfal recorrido, á las muchedumbres, donde los habían desde el *soberano de más abajo* hasta el más encumbrado *Casacón*.

Quince días después, en la Pascua de Resurrección, se quemó un Judas en plena plaza de Santo Domingo. Este Judas representaba al Comisionado que había resultado vinagre y avinagradas sus halagüeñas promesas.

Más tarde, otro con igual encargo y poderes, Don Laureano Hernández, hizo amistades con Olózaga y Sagasta. Decíase que se le enviaban con frecuencia regulares remesas de dinero; que con tales dineros se fundó el diario progresista *La Discusión*, cuyo diario había de abogar por nuestros intereses. No sé si abogó. El aprendió á tocar la guitarra con Huertas y se volvió para acá.

De División no trajo otra cosa que la formal

V

promesa de Sagasta ó de Olózaga, no recuerdo del cual, para cuando fueran poder.

Ambos fueron poder y por más de un tiempo, y aquí no pasó nada.

De esto nada saben Prudencio ni Batllori.

NOTA

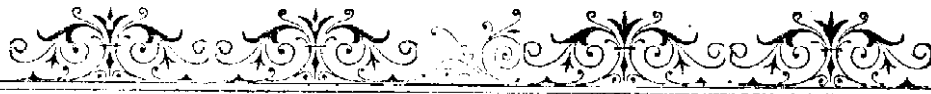
En aquellos tiempos, á los Capitanes generales de la Provincia que reglamentariamente venían á visitarnos, á los Regentes y Magistrados destinados á nuestra Audiencia y á todo peninsular de viso autoridad, ó no, que aquí llegara, se le agasajaba con obsequioso y cordial banquete, durante el cual, después de mediar comparaciones topográficas y estéticas entre las dos ciudades, arrimando como era consiguiente, la sardina para nuestra brasa, de conformidad con el obsequiado; hacíale Millares el apuntamiento del *protocolo* de nuestros derechos y se le pedía la División incontinenti.

Que se nos prometía calurosamente darnos de propia *autoritate* ó conseguirla de sus amigos los gobernantes, según la vitola de poder ó influencia que presumía y concedíamos al suplicado; porque esto, en rigor, no era más que cumplir con un deber de estricta justicia, como ardorosamente manifestaba.

Dábase luego lo de á espaldas vueltas memorias muertas; pero nosotros sin desalentarnos, tan campantes esperábamos al que después viniera para repetirle el mismo estribillo.

POST NOTA

No había entonces Santas Catalinas ni Metropoles, ni nada que se le pareciera, y los convitazos se celebraban en los Laureles, teniendo el menú por base principal, cuando no única, el consabido *sancocho* de cherne fresco con su aditamento de papas arrugadas y pellas de gofió.



COMO POST-PRÓLOGO

Inarros por completo considero á Prudencio y á Batllori de ciertos sucesos *menudos* que quiero relatar antes de entrar de lleno en el asunto de la División.

Y cuenta que las tales *menudencias* son otros tantos factores que encierran la miga reveladora de nuestro modo de ser en aquellos andares y de la manera y forma como las gastábamos con los de Añaza, y los de Añaza con nosotros.

Pago Añaza en los primeros años del pasado siglo, trocóse en villa y en villa, muy noble, muy leal y muy heróica, merced al brazo que en lucha desigual supo romper al almirante Nelson, y merced también á los certeros disparos de su cañón *Tigre*, objeto en nuestros tiempos de las romas chacotas del *Diario* y de otros papeles públicos que con aquel han monopolizado y monopolizan el aticismo Bertoldinesco del Partido.

Pero de como luego desposeyó de sus derechos á su ancestral Metròpoli, la Laguna, y de como *ainda* se cargó con nuestra casi prehistòrica Capitalidad, hechos son estos que salen de la esfera de mis objetivos històricos, y entran en el dominio de los de Prudencio y de Batllori.

VIII

Más si estos historiadores de lo serio, quieren ser imparciales, bien podrán calificar á Añaza de generosa, porque habiendo podido, gracias á la estultez de nuestros casacones, y á la idem de los de la Laguna, cargar con la cera y los santos, no lo hizo; dejándonos á sobras, nuestra Audiencia Territorial con su Regente, oídores, ministriles y todo; y á la otra ciudad su Minerva, es decir, sus Institutos y Universidades.

Un ánimo libre de pasiones bien podía considerar tales larguezas como otras tantas botaratadas de un pródigo.

Ahora paso á lo mío, á lo *menudo*.

En los andares aquellos, la masa de la gente *desposeedora* no conocía á nosotros los *desposeídos*, sino por la muestra del botón que le iba del Norte de nuestra isla, principalmente de los pueblos de Gáldar y Agaete, á vender sus mantecas y quesos ó á establecer en la calle de San José, en la parte traspalacio militar de entonces, y tras la antigua Casa de Carta, convertida hoy en aristocrático Casino, sus lonjas Canarias que así se llamaban, de pescado salado y gofio de millo.

Estos norteños eran los que decían *lan vacas* y *lan doce* y comían la *enrala* á las puertas de sus lonjas; no sin ser curioseados por los desocupados del pueblo de allí, que los contemplaba con la misma guisa de impertinente curiosidad y extrañeza que los hijos de la culta Roma pudieron hacerlo con sus proveedores de la Campania y del Trastevere.

En más altas esferas, nuestros periodistas luchaban con los de allá á brazo partido, con la mayor ferocidad y encono, aguijoneando á los nues-

tros sin más campeón que Millares, las plumas llenas de sal de Tinito Guimerá, Gil Roldán y Rafael Martín Neda.

Más tarde se presentó al agobiado Millares la ayuda de un Cirineo, en un francés cuya presencia en nuestra tierra no puedo precisar, pero sí que escribía con corrección nuestro idioma, aunque lo hablaba mal.

Este francés redactaba con el gracejo propio de los de su nación, sus artículos *Sur le Moscardón de L'Écô* que él decía. Siendo el Moscardón el seudónimo de Tinito Guimerá y L'Écô, *El Eco de Tenerife* donde colaboraban. Amaranto Martínez con sus donosas poesías, contribuía, con los escritos del francés, á dar amenidad á nuestras polémicas y yo también como diré luego no fui grano de anís en el asunto.

Por que á la verdad era plúmbeo hasta aplastar aquel continuo citar de la *papelería* que confirmaba nuestros derechos *capitalinos*, cuyo origen para algunos patriotas exaltados databa de más atrás de la conquista, tal vez de los tiempos próximos posteriores al cataclismo de la Atlántida.

Aquella denominación de *Interina* que no se nos caía de los labios al tratar de Santa Cruz; la eterna repetición de *lugar de Añaza* á la que era ya ciudad; los ridículos trabajos de itinerario para demostrar que nuestra calle de Triana medía quince varas más que la de San Francisco de allá; el torturado padrón vecinal que allá arrojaba 13.000 almas y aquí ¡quince mil!, eran motivos que rebasaban el límite de lo pesado.



COMO OTRO POST-PRÓLOGO



¡Oh! y que finamente salados resultaron los versos compuestos por el «Moscardón» poniendo en solfa aquel número. Recuerdo la siguiente estrofa de introducción.

*Con loables intenciones
Quiero cantar á Las Palmas:
Ciudad de quince mil almas
Y quince mil pretensiones.*

Y que decir de la macabra estadística; de aquella fúnebre cuenta y razón; de aquel lúgubre *Debe y Haber* que mutuamente nos llevábamos de barcos arrastrados á la playa y lanchas volcadas con su correspondiente contingente de ahogados?

Recurrimos á las artes gráficas y Antonio Bethencourt Sortino representó nuestra ciudad embellecida con la canalización ideal del Guiniguada, figurando buques de porte atracados á sus muros de encausamiento.

La Nueva Venecia fué el título de otro romance del *Moscardón*, que rebosaba de gracejo y puso

XII

valladar á los fantásticos dibujos de aquel género que amenazaba continuar.

Niño era yo, ó joven más bien de diez y seis años, cuando vine á Las Palmas de estudiante; desde pequeño daba muestras de tener disposiciones para el dibujo y sobre todo poseía la facultad de retener las facciones de los individuos con poco que me fijara, y *vis cómica* para caricaturarlas según decían.

Como viví con mi abuela materna en Santa Cruz hasta poco antes de venir á Las Palmas, de ahí que recordara los rasgos fisonómicos de muchos de sus periodistas de más nota, y de ahí también el perjeñar sus caricaturas que presenté á Millares y fueron por éste recibidas con júbilo y llevadas luego á las tertulias de los casacones donde las aplaudieron de igual modo, y de ahí finalmente, que yo, pobre jovenzuelo del campo, frecuentara las reuniones de D. Antonio Jacinto, de la casa de Manrique y de otras, sino de alcurnia tan elevada, de bastante distinción y más divertidas.

De estas mis caricaturas se sacaban calcos por Antonio Bethencourt Sortino para propalarlas; remitiéndose ejemplares á los aludidos de Añaza y á sus conocidos, y como mis caricaturas tenían, dispensando mi modo de señalar, arte gráfico y cómica inventiva, levantaban generalmente roncha en la epidermis de los caricaturados.

Por que hay que dejar sentado que la gente de aquellos tiempos no era tan sinvergüenza como la actual, y lejos de buscarse, como se busca hoy la caricatura para darse pisto cualquier *vaurien*, se

XIII

tomaba la cosa por la tremenda y podía correr peligro de zurra la badana del dibujante.

Y he aquí porque no fuí grano de anís, como antes dije, en las contiendas de las dos ciudades.

De estas caricaturas fué muy celebrada la titulada *El sueño de Pompadour*, hecha en colores, que se expuso al público nuestro en el Cosmorama de D. Ramón Ten, el de la viuda, cuyo chisme, el Cosmorama, corrió el peligro de ser destrozado por los de Añaza al repètirse allí la misma exposición.

Era éste *Pompadour* hijo de la *Interina* que por su malaventura vino á establecerse entre nosotros, abriendo comercio en la esquina de la calle de los Malteses con la de la Peregrina, frente á Nicolasito Perdomo.

Nada puedo decir respecto al apodo de *Pompadour* que de allá trajo ó aquí se le colgó; pero sí, de la cencerrada que nuestros próceres, capitaneados por D. Nicolás Massieu, *enfant terrible*, casación entonces, le propinaron; en la cual cencerrada coreaban con la variedad de insufribles y escandalosos ruidos producidos por caracoles, cacerolas, sartenes y otros burdos instrumentos similares, los que procedían de los rebuznos de unos burros excitados por hembras en celo connaturales.

Poco después ó poco antes, que bien no recuerdo, fué *manteado*, tal como suena la palabra, en la plazuela, con la dirección del mismo *enfant terrible*, el primer director de la Normal que aquí llegara; Fernando Suárez.

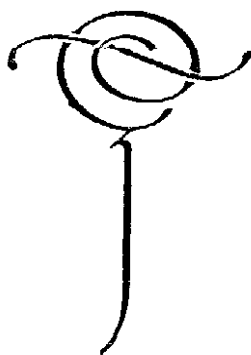
¿Delitos de estos hombres?

Pues, tal vez el poner en duda que el Guini-

XIV

guada fuera río según lo cantaban Amaranto y José Manuel, ó cualquiera otra nimiedad por el estilo, catalogada entre los casos de lesa patriotismo.

Pónganse ahora la mano en el corazón Prudencio y Batllori y confiesen, con toda nobleza, su completa ignorancia de lo narrado.



DEDICATORIA

A vosotros los seis viejos perláticos que quedais de esos tiempos, os dedica el autor, viejo también, su trabajo.

Quisiera que con la lectura, os distrajeráis algún tanto, de las molestias que os causan vuestros reumas ú os olvidarais un poco de vuestras diarreas que os aniquilan.

Si vuestra cansada vista no os permite leer, buscad un compadre que lo haga por vosotros.

Si, además, de semi-ciegos estais sordos, entonces, paciencia y barajar; no hay más remedio.

Que Dios nos dé á todos una buena muerte y esperadme, en el Valle de Josafat si vais primero,

J. C. Moreno.

LA DIVISIÓN DE 1852

Partidario de las doctrinas de
Prud'home, sobre la propiedad,
todo el mundo puede reimprimir,
sin mi permiso, mis escritos.

El autor.



EN PLENA NARRACIÓN

LOS FESTEJOS

I

Se estaba en los días de la Semana Santa ó Mayor y en vísperas de los solemnes del Jueves y Viernes, cuando muy de mañana apareció entrando en la bahía el *Joven Temerario* que venía de Cádiz con el correo, sin duda, con sus veinte días de navegación, promedio ordinario en este buque igualmente que en el *Corzo* y el *Buen Mozo*, que prestaban el mismo servicio, como en los demás que recorrían la espresada travesía

Algo de contraseña convenida y oportunos avisos de á bordo á tierra habían mediado, puesto que en aquella temprana hora ya estaban en la calle, y en marcha para el muelle, nuestros patricios de mayor fuste con el Conde de la Vega Grande á la cabeza y D. Antonio López Botas con su adjunto D. Domingo José Navarro y siguiéndoles una multitud de pueblo, cuya masa engrosaba por el tránsito.

Aquellos días habían sido lluviosos, con las lluvias francas y abundantes que antaño padecíamos, y que no se sabe porque causa nos han abandonado cuando el *árbol*, á la sazón, tenía larga fecha de tala-

do y en vez de *amigos* solo contaba con *enemigos* empedernidos en todos los cultivadores de cochinilla. Como consecuencia de estas lluvias un extenso charco de lodo ocupaba, frente al fonducho de María Isabel, á la bajada de los Remedios, todo el ancho de la calle, dejando, apenas, á lo largo de la acera, una estrecha senda poco viable.

—¡Muchachos!—gritó Antonio Doreste conocido por Mochila á causa de ser algún tanto cargado de espaldas.—¡La *cosa* vino ya! ¡Viva D. Manuel Beltrán de Lis! ¡Viva la División de la Provincia! ¡Vivan nuestros diputados! Añadiendo seguidamente:

—Y esto pa los chicharreros.

Y fueron tres los que se largó, sonoros, rotundos y de largo alcance, que encontraron émulos imitadores y despertaron homéricas carcajadas en los concurrentes desde el más alto al más bajo; pues estas muestras de aticismo material ya que el espiritual casi se nos ha negado por quien concede sus dones á los mortales, han sido siempre muy festejadas y celebradas entre nosotros.

—Voy á refrescarme ahora la mochila; continuó, apenas comenzaba á extinguirse la general risotada.

Dicho y hecho. Sin titubear, lleno de júbilo y repitiendo sus vivas, se lanzó al charco revolcándose en el lodo, á todo sabor, separándose del doctor en leyes López Botas, á quien seguía cual si fuera su corneta de órdenes, y tras el Mochila, tocóle la vez al mismísimo Conde de la Vega Grande junto con su *admirador incondicional* el *maestro carpintero* Zenón Doreste y no lo hizo menos el Doctor mencionado y su *alter ego*, el que lo era en medicina, D. Domingo José Navarro y, á más D. Nicolás Massieu, llorando como acostumbraba en los momentos solemnes y luego, otro y otros más; y en fin toda la multitud concurrente.

Y así enfangados, continuaron su odisea hasta el muelle, sin que faltara quien propusiera repetir el mismo *fecho* en cada una de las demás charcas for-

madras en los encuentros de las calles transversales con la de Triana, mal empedrada y desprovista entonces de aceras.

Cardeluz, el capitán del *Jóven Temerario*, esperaba ya en el muelle: y sacando del bolsillo interior de su chaquetón de marino un paquete, antes de que mediaran saludos, ni otra clase de palabras, dando un golpecito con la mano libre sobre el paquete susodicho, exclamó sonriendo en su jerga andaluza.

— Aquí viene la *golosiniya*.

El paquete era la correspondencia que en aquellos tiempos terciábamos con la madre patria; paquete que más que holgadamente cabía en el bolsillo dicho y la *golosiniya* el Real Decreto de la División. Cardeluz muy conocido y estimado entre nosotros, concuño de Jurado, participaba de nuestros regocijos; y fueron innumerables los abrazos que recibió y devolvió enlodando, también, sus ropas con el resobado contacto.

¡Oh! tiempos aquellos de sencillez y verdadero patriotismo donde nuestros hombres no temían, en los arrebatos de sus entusiasmos, encenegarse en el lodo material, único lodo conocido entonces.

Pero como los días eran solemnes y de recogimiento y las gentes de aquellos andares conservaban sus creencias, se determinó, allí mismo, en pleno muelle, medio derruido con los rebosos de los días anteriores que habían obligado á mantener enhiesta la *bandera negra* por espacio de una semana, en el demolido más tarde, Castillo de Santa Ana, aplazar todo festejo, toda demostración de alegría hasta que vinieran las pascuas de Resurrección.

II

Que vinieron al fin, como todo viene, la muerte inclusive; y de antemano, se tenía preparado el programa de los festejos y los nombramientos de las comisiones de los pueblos con sus alcaldes á la cabeza.

Un mi tío segundo, primo hermano de mi queridísimo padre (q. D. h.), alcalde de Moya, indiano recién venido, que había reunido en Cuba *medios* bastantes para amasar una cantidad de seis talegas (6.000 pesos), cantidad notable entonces entre nosotros, y había conocido á Tacón y tratado de tu á tu á Pancho Martí y á la mulata Tomasa y presenciado el fusilamiento de Narciso López, á más de haber tomado en el Café de la Unión con Plácido copas de chicha y caña, le decía á mi citado padre, individuo de la Comisión de Guía que se preparaba á venir.

—¿Pero crees tú Matías, que esos canarios harán *alguito* que pueda verse? Yo he admitido mi nombramiento de *chinguita*; pero aquí donde esto no es tierra, donde estamos en el culo del mundo, que *jaranas* pueden hacer esos *mambises*? Eso, ahí, donde la plata rueda, donde das una pasada de *cuero* á cincuenta ó sesenta negros y te preparas unas luminarias que te encandilan, ó te *paran* una cucaña de yuca. Ahí, tienes *guaguas*, *quitrines* y *volantas* que enraman y adornan con telas de *punzó* galoneadas de oro.

Y esto, lo de los vehículos enramados y engalanados con tal riqueza, dejó á mi viejo pensativo.

Efectivamente: en aquellos entonces no había nada de ruedas en toda la isla, ni aun carretas; salvo algún carretón que otro, porque los arrastres se hacían en corsas, y eso en Las Palmas solamente, donde lo permitían lo llano de sus calles.

Había, sin embargo, el coche Condal, antiguo armatoste que databa de la fundación del condado, de muelles duros que hacían saltar de sus asientos y dar con la cabeza en el techo del cierre á toda la aristocrática familia cuando emprendían sus viajes á sus posesiones de Juan Grande y Maspalomas.

Éra este un acontecimiento que se preparaba, lo menos con un mes de antelación, empleando las mesnadas de la casa en limpiar y habilitar el camino; operación que empezaba en las afueras de la ciudad y terminaba en aquellas hiperbólicas regiones.

Salía, al fin de su cochera el fragatón, y el gentío que llenaba la calle de los Canónigos no era menos numeroso que el que concurría á la fiesta de San Pedro Mártir.

El mi tío segundo calificaba al ostentoso aparato de una mala *guagua* que *ahí* no hubiera querido ningún *carretonero* ni para llevar *guajiros de Vuelta arriba*.

Existía, además, carcoméndose en las cocheras de palacio, otro que perteneció al Obispo Verdugo, que su sucesor, el santo señor Codina, héroe en el *cólera morbo* del año anterior, no quiso nunca usar en su humildad y sencillez características á pesar de su avanzada edad y sus piernas enfermas.

Y vuelvo á los días de Páscoa para entrar de lleno en el asunto, dejando digresiones, no sin hacer la salvedad de que á la primera brecha volveré á ocuparme de mi tío segundo, Alcalde de Moya y primo hermano de mi amadísimo padre.

Desde el primer comienzo del jolgorio, ó más bien, inaugurándolo, D. Bernardo Martín, hijo de la

otra, pero connaturalizado en ésta; conducía recorriendo las calles, un carrucho de vendedor ambulante, pregonando.

—¡Sardinas á cuarto!—¡Chicharros á medio!

Seguíale numerosa muchedumbre que acompañaba con estrepitosas risotadas el pregón ó voceo, adivinando la punta ática de la comparación de aquellos precios, pues las sardinas simbolizan á Canaria, en alza en sus intereses, y los chicharros á la vecina Añaza que había sufrido en los suyos un bajón tremendo.

Muy romo de conocimiento ó muy frío en su patriotismo había de ser el canario que no adivinara la trascendencia del pregón, por lo cual se interrumpían las homéricas carcajadas para prorrumpir en un:

¡Qué gueno! ¡que gueno! está eso; del popular (no soberano entonces) ó en un: ¡Qué cosas tiene este Martín, del patriciado.

Oyóse entonces una voz estentórea, rotunda, que se achacó á Caraballo conserge del Colegio de San Agustín.

¡Muchachos!—decía—hagamos juramento de no comer chicharros en toda la vida.

Y este juramento se cumplió á lo menos durante aquella generación. Y no fué como el del célebre Viernes Santo que duró tres días; el tiempo necesario para que llegara el ukase que lo retrotrajo.

Y cuenta que el tal juramento, el de no comer chicharros, fué un verdadero acto de heroico patriotismo, pues por un fenómeno no explicado aún, las sardinas abandonaron nuestras playas para dar lugar á una verdadera invasión de chicharros.

Ni de balde los quería el más pobre.

Lo cual no quitaba que D. Bernardo Martín siguiera con su carrucho y sus pregones, durante los días de los festejos sin que por un momento quisiera variar de *punta* que consideraba como el *sumun* de nuestro aticismo,

III

A más de un carretón improvisado que recorría los barrios extremos sobre el cual á guisa de Baco ó Sileno, á horcajadas, montaba Mochila, conduciendo un pipote repleto de ron y cuyo objetivo no era otro que el de satisfacer *gratis*, la sequedad de los paladares de los transeuntes que topaba; se levantaban dos fuentes, simuladas, en la plazuela, que con esta escueta palabra se denominaba la que es hoy de la Democracia; gracias á nosotros los jóvenes revolucionarios de Septiembre que así la bautizamos en la memorable noche del alzamiento nuestro.

De aquellas dos fuentes manaban, á más del ron consabido, libre entonces de puercas y burdas mistificaciones, el exquisito ponche de *Señá Aniquita*, especialista en la confección de este agradable licor. *Gratis*, también se propinaban ambas bebidas y no era esta su sola recomendación, sino que tenía otra; la de no agotarse nunca, tanto en las fuentes como en el improvisado carretón.

Las paternas administraciones de entonces jamás olvidaban al pueblo que sin embargo, no era aun, soberano y procuraban siempre la manera de asociarlo á sus alegres manifestaciones.

El patriota del popular á quien las ansias báquicas le atormentaban, bastábale, para saciarlas, acercar sus labios á los respectivos grifos y rellenar sus vientres, sin taza ni medida, como y cuando le salía de sus adentros.

Y esto duró los cuatro días y cuatro noches que fué la etapa de los festejos.

Eran de ver aquellas noches, en la citada plazuela, los tenderetes de cuerpos humanos que casi obstruían el paso, con *bascas* unos, entonando *cantijas*, y vivas otros, *durmiéndola* la mayor parte, y libando de las fuentes en los momentos semilúcidos, hasta el amanecer, para repetir igual operación durante el día.

Y cuenta que no se daba ningún escándalo de trascendencia, ni la moral sufría *mayormente*, como decimos entre nosotros, aunque pululaban entre los beodos las *hetairas* más nombradas de la época, entre las cuales sobresalían, *Juana la jonda*, *La Cabo Blanco*, *Juana boca cambada*, *La Gran Canaria*, *Blasinilla la Pájara*, *La Gustosa* y *Dos rayas finas*.

Y cuenta, además, que nuestra policía de entonces se reducía al viejo Antúnez y su gruesa *macana*, terror de los americanos balleneros que nos visitaban, ayudado ahora de *Pucherito*, alguacil del Juzgado que se le dió por auxiliar en vista de lo excepcional de las circunstancias, á más del único sereno, que pagaba el Comercio; cuya misión estaba reducida en noches normales, á recorrer el trayecto de la calle de la Peregrina, bajada de los Remedios y mitad de la calle Triana, al cual trayecto se limitaban nuestros establecimientos mercantiles. Este sereno peregrino, provisto del correspondiente capuchón, chuzo y linterna, cantaba la hora con el consabido *¡Ave María purísima!* de rigor, y se llamaba Miguel.

Aunque de cosas *menudas*, y en mi estilo, hago una relación verdadera y no quiero que las generaciones venideras tengan que darse de cabezadas para averiguar los nombres de las personas que en ella figuran.

¿Pero que necesidad había en aquellos tiempos de guardia municipal, ni de serenos, si las costumbres aunque parezca paradoja, eran más cultas y

respetuosas que las actuales? ¡Y el borracho! El borracho era un tipo anacreónico donde se había refugiado la poca sal ática de que disponíamos, cuya cosecha no ha progresado sino que parece haber disminuído en bastante cantidad.

¡Qué lejos se estaba de la bestia soez del borracho moderno y del mónstruo sanguinario que *da picadas por placer!* Verdad es, que las bebidas no habían sido aun falsificadas y que Emilita apareció años más tarde.

La tradición conserva los nombres de aquellos hijos de Baco que eran modelos de finura y cortesanía, cuyas buenas cualidades aumentaban en razón directa del número de copas: *habíalos que eran poetas espontáneos y dicharacheros, con ingenio muchos, sino todos.*

Pucherito el alguacil, estaba encargado de hacer las veces, sino precisamente, de introductor de Embajadores, de conductor y acomodador de los comisionados de los pueblos.

En tal concepto llevó á los de Guía, Moya y Gáldar á una casa habilitada oficialmente de fonda, como tantas otras que igualmente se prepararon para alojar á otras comisiones.

Mi tío se dirigió, ya dentro del hotel, á mi padre y al alcalde de Guía D. Blás Bethencourt.

—Mira, le dijo á mi viejo. Ni tú ni el señor don Blás han corrido mundo, ni han visto otra cosa que estos *peñoncicos*. Esto aquí es una tierra pobre, ó más bien, no es tierra. Hay que defender la *blanca* y que no vayan á rascarnos el bolsillo. Llama al dueño de la *Pulpería* para tratar antes de quedarnos.

Y vino solícito el dueño de la *Pulpería* que decía mi tío.

—*Camaraita?* Y cuanta plata nos va á costar á cada uno el alojamiento.

— ¿No son ustedes comisionados? Tenemos orden de no cobrarles nada y servirles lo que ustedes pidan.

—¡*Carambita!* ¡Qué me dice *Pulpero!* y miró sorprendido para mi padre.

—A la mesa pues, *chinos* y sirva de lo mejorcito, *gallego*.

IV

Refocilados los estómagos de el mi tío y sus compañeros con abundantes platos, entre los cuales se hallaba un bien codimentado puchero, *ajiacó* que aquel decía y al cual no faltaba sino la *yuca*, el *boniato* y la *malanga* para competir con el mejor que pudiera servirse en la *Pulperia del Brazo Fuerte*, en *Jesús del Monte*; determinaron salir á dar un borneo por las calles de la ciudad á disfrutar de los festejos.

—*Mie* máscaras *mae*—decía á la que le había lanzado al mundo, una chiquilla del *Risco*, de pocos años.

—Cállate *jija*, sino estamos en *carnes tolendas*.

—*Pos son, mie, mie*.

Y eran efectivamente; llevando detrás un numeroso gentío que daban vivas á la División de la Provincia, á los diputados León y Castillo á Bravo Murillo y á Beltran de Lis.

¿Lo creerás lector de ahora?

Estas máscaras sin antifaz y sin otro disfraz que unas enaguas blancas y sendos abanadores á guisa de abanicos en las manos, no eran otros que nuestros próceres. El Conde de la Vega Grande, D. Antonio López Botas, D. Domingo José Navarro, don Nicolás Massieu y otros más de encumbradas prosa-

pías ó del riñoncito de la clase media que ya empezaba á encimarse, por su cultura sobre el clásico Casacon. El entusiasmo patriótico los convertía en niños; y como tales se divertían y espancionaban desengañadamente.

Cuéntaselo, lector de ahora á D. Felipe y á los *mandones* que padecemos para que en aquella guisa, ó en otra similar, los imiten; por ejemplo, en las fiestas de inauguración de los Cabildos, logogrifo que aún tiene mucho que descifrar, y verás el ceño que te ponen.

Pero la patriótica mascarada pasaba de largo con su cohorte de pueblo entusiasta, y algarada de vivas.

Quisieron los con-comisionados de mi tío seguirla, pero este que era tragón y goloso, como pocos, se hacía de rogar atraído por los puestos de *rosquillas*, *alegrías* y *tirijalas*, de todo lo cual quiso probar, y probó más de una vez, dando tiempo á que la comparsa desapareciera.

—¿Cuanto se debe?, dijo satisfecho, echando mano á su bolsillo, añadiendo:—el *alma pa Dios chinita*.

—¿No es su merced comisionado? y los caballeros que le acompañan *tamien*?

A la repuesta afirmativa le contestaron.

—Nada.

Y la hospitalaria palabra se repetía en todos los sitios donde quería probar algo de lo que se espendía. Ni aún *contras* que se dicen en Cuba (propinas) le admitían por mucho que se empeñara; empeño que, á la verdad no pecaba de exagerado.

Intrigado con la generalidad de la contestación y medio asombrado de lo que le pasaba, se encaró con D. Blas, D. Juan Rivero y mí padre, sus compañeros.

¿Saben VV., *camaraitas*, que yo estaba equivocado? Esto es tierra y los canarios saben hacer las cosas como *ahí*. Son unos *chinos* que lo entienden.

¡Vaya! que no son *cimarrones* los paisanitos. ¡*Camará!* y que me tienen *ciguato* de *veritas*....

Interrumpió los elogios de el mí tío, que iban *in crescendo*, sin escasearlos *al ajiaco* digno, según él, de figurar en la mesa de *Tacon*, una gran avalancha de pueblo bien refocilado de licores en las fuentes; que corrían con los vivas de consigna tras los gigantes y enanos del tío Valentín de Gáldar, cuyos artefactos y autor eran desconocidos en Las Palmas.

V

Recordará el lector de ahora el insoportable monótono y cansado estribillo que fué la característica del Carnaval pasado, aquel;

Ay balancé, balancé...
Balancé, la nieve pura

que llegó hasta ensordecernos y ser una tenaz pesadilla interruptora de todo esparcimiento de ánimo y espantadora del apetito y del sueño?

Pues aquello era nada comparado con las dos tonadas que desde el comienzo de los festejos no se despegaron ni por un momento de los labios de nuestros patriotas, de arriba y de abajo; el

¡Ay Don Simón! Ay Don Simon
Que vino, que vino la división

y el

¡Ay Don Tomás! Ay Don Tomás
Que la cosa; que la cosa vino ya.

eran entonados sin solución de continuidad, por las voces de los chiquillos de ambos sexos, de las mujeres jóvenes y viejas, de los hombres idem idem y los casacones igualmente idem, idem, y esto á todo pulmón por supuesto.

Hasta mi mismo tío segundo, los entonó si bien variándoles el compás, para acomodarlo á *danzones*: comodo que le resultó, pues era hombre de buena voz y oído, ducho y experto en las cantigas *del punto* y las *guajiras*.

¿De dónde salió la letra de los monótonos y cansados coros? ¿quienes eran y que relación guardaban con los sucesos los dos personajes Don Simón y Don Tomás que se mentaban?

Era un enigma, entonces, y lo es aún para los viejos que sobrevivimos; solo podemos hacer una indicación que si no aclara la cosa, tal vez pueda abrir camino á venideras pesquisas.

El hecho era que cuando la turba cruzaba la calle de Triana por los alrededores de la Casa de Miller, el viejo D. Tomás, su fundador, se encaraba con ella, diciéndola:

No cantar D. Tomás; cantar D. Simón (1)
Que protestaba á su vez para que se le eliminara y cantaran D. Tomás.

Los gigantones y enanos, que la gente llamaba *papa-huevos* á los primeros, y *nanos* á los segundos; no cesaban de ser contemplados y admirados por el pueblo que subía de punto la fama artística de que venía precedido el tío Valentin.

Eran dos los *papa-huevos*; varón y hembra, que representaba el primero á Beltrán de Lis, asegurándose unánimemente que su gigantesco rostro era copia fiel del que ostentaba en natural tamaño el retrato que bajo dosel se manifestaba al público en el Ayuntamiento. En cuanto al *papa-huevo*, hembra, que era el símbolo de la Gran Canaria, no tenía co-

(1) D. Simón Berriel establecido entonces en la calle Triana esquina á la de Malteses.

mo tal símbolo, que parecerse á nadie, sin embargo, había quien hallaba relaciones entre los rasgos fisonómicos de su carota y los que distinguían á la *hetaira* de aquel apodo *mocetona* robusta y de muy buen ver, hija de aquella célebre María Cebolleta que confundía el pueblo servil, del año veinte y tres, con la estatua de la libertad erigida por los caídos liberales de los tres mal *llamados años*, en la plaza de Santa Ana. Estatua que arrastró é hizo pedazos instigado por los *casacones*.

Los *nanos* no simbolizaban nada; eran creaciones fantásticas del tío Valentin; regodeo de los chiquillos que se apiñaban en su torno, dándose de puñetazos por alcanzar los puestos preferentes.

El Don Tomás y el Don Simón seguían en sus trece, aunque de vez en cuando eran interrumpidos por él.

Saquen á Ro.nay, por hay, por hay

que duraba poco, porque el encariñamiento con el Don Tomás y el Don Simón llegaban al frenesí.

Un hato, ó más bien dos hatos de hermosos y robustos carneros, venía conducido ó conducidos por sus correspondientes pastores que avisaban á la muchedumbre para que abrieran paso y no se expusieran á recibir un *cabe*, que dada la corpulencia de estos animales y aspecto de sus endurecidos cuernos, había de resultar de lastimosas consecuencias.

Tras los carneros seguían dos trahillas de perros *bardin*os ensalamados, de gran cabeza y fuertes patas, igualmente guiados, distinguiéndose entre ellos, tres enormes de la isla de Fuerteventura.

Callaron los cantos para fijar la atención en los animales y se oían estas frases.

—Aquellos que lleva tío Cristóbal, y señalaban para un grupo de carneros, son los de los niños del señor Conde y los de tío Juan, de los niños del señor D. Agustín Manrique.

—Y los tres perros grandes de los niños del señor Coronel de Fuerteventura.

—Pero se van *pá allá*, dijo uno que observó que conductores y bestias tomaban camino opuesto á la plazoleta que hoy llamamos plaza de Cairasco.

—¿Qué ya *haberan sio?* añadió otro con acento contristado.

No habían sido. Aquellos carneros y perros se habían vuelto por donde habían venido.

Un número de los festejos habían ideado los niños de las Casas.

Era el de resucitar las antiguas peleas de carneros y perros, ya casi en desuso, eligiendo por palenque el que lo había sido en los buenos tiempos de estos deportes: la plazoleta dicha.

Los carneros llegaron al sitio y los perros también, y ya se aprestaban los iniciadores á dar órdenes para que la lucha comenzara, cuando quiso un mal hado, para ellos, que pasara por allí López Botas.

Este patricio empezaba ya á imponerse sobre *casacones* y sobre *pueblo*. *Las Casas*, no le chistaban, y sus deseos eran órdenes. Había fundado el Colegio de San Agustín hacía algunos años y comenzado á transformar la Ciudad en sus costumbres y en su aspecto material.

—Quiten de aquí esas barbaridades, dijo.

Y niños casacones, carneros, perros y conductores quedaron tamañitos, eclipsándose los primeros y desenvolviendo lo andado los segundos y terceros.

Se aguó, pues, el número.

Lo sintió el pueblo, pero no murmuró.

Lo ordenó D. Antonio y chitón general, arriba y abajo.

VI

—*Hay* vienen los carros, y más *patrás* los caballitos, salió de la boca de una mujer del pueblo, patriota entusiasta.

En efecto, los carros se dirigían á la citada plazuela, hoy plaza de Cairasco. Esta era entonces una planicie de tierra donde se celebraban luchas, se domaban potros, y sobre todo era el palenque de las peleas de carneros y de perros, que como se ha dicho, era el deporte favorito de nuestra *grandeza*.

Seguían á los carros la banda de música de Guía, y un *charanguín* ú *orquestín* de Las Palmas, que alternaban sus tocatas.

Lanzaba la primera á los aires el himno de la División, letra del secretario de aquella villa y música de Jurado, y el *orquestín* ó *charanguín* el vals del mismo título, música de Millares y letra anónima y estrambótica de no se sabe quien.

Los caballitos eran obra del tío Valentín, también desconocida en la Metropoli, que no hacían menos furor que los *papa-huevos* y los *nanos*. Se confeccionaban con una cabeza de caballo de cartón y una armazón de cañas cubierta con telas, donde el hombre que figuraba de ginete, colocado *ad hoc*, con piernas de trapo simuladas sobre la cabalgadura, corría introduciéndose entre las turbas dando saltos y corcovos que hacían las delicias de éstas, sobre todo de las mujeres y chiquillos.

En la banda de Guía dos instrumentos llamaban

la atención preferente; el primer clarinete y el ufi-
cleide ó figle, rematado este por aquellas antiguas
cabezas de serpiente, de enorme boca abierta, pinta-
da en su interior de rojo subido para imitar las san-
guinolentas fauces del reptil.

El músico del clarinete, el sacristán mayor de la
villa, Vicente Suárez, alto y delgado, parecíalo más
con la manera de llevar su cuerpo y su instrumento,
aquél erguido hasta el último límite y éste empinán-
dolo hacia arriba sacudiéndolo á compas según juz-
gaba que lo exigía la expresión más ó menos aquila-
tada de la nota.

En cambio, el músico del figle, Don Blas Lorenzo
de aspecto calmoso y reposado, no acercaba sus la-
bios al boquin del suyo en tanto no llegaba el mo-
mento preciso y matemático de soltar á intervalos
largos, formando buches, un sonido de acompaña-
miento ó dos, que eran el máximo de su consigna,
en cuyo caso los buches se pronunciaban más.

Las voces, todas de Guía, casi dominaban el ins-
trumental, distinguiéndose la tiple atenorada de un
joven de quince á diez y seis años, Vicente Galbán;
pero no lo conseguían con el figle que cuando le to-
caba la suya, destacaba claro, rotundo y enérgico
su estampido único ó duplo según los casos.

Resultaba de las voces y del figle *el totum revo-
lutum* siguiente:

¡Las voces, sobresaliendo la tiple atenorada)—
«*Oh placer ya recobra su brillo.*»

(El figle) Pum.

—(Las voces en iguales condiciones) «*De Cana-
ría el honrado pavez*».

(El figle) Pum, Pum.

¡Las voces (repitiéndose las condiciones) ¡*Him-
nos mil á León y Castillo.*

(El figle) Pum.

(Las voces en el mismo caso) *Gloria eterna á la
exelsa Isabel.*

(El figle) Pum, Pum.

Et sic de ceteris, siguiendo en cada estrofa un floreado repiqueteo de clarinete y unos gorgoritos y *florituras* de la citada voz tiple atenorada ó tenor atiplado.

La letra del vals de la División, que tengo la suerte de haber olvidado casi por completo, era poco más ó menos la estrambótica siguiente:

*Vamos, vamos juntos á bailar
Que nos ahuyente las penas el mágico vals.
Éstas son las dichas, son las dichas, del mágico vals.*

Como Millares, hombre de cierto gusto literario puso música á eso, no me lo explico, ni me lo explicaré nunca. Me lo explicaría en estos días donde la autoridad del *Partido* es omnímoda y no admite réplica á una recomendación suya.

De paso indico que en aquellos entonces, Guía; villa aún, pero escarabajeándolo lo de ser ciudad, tenía banda de música y Las Palmas no pasaba de un *orquestín* ó *charanguín*; que allí se componían versos clásicos, alusivos y correctos y aquí no se paría sino los engendros del vals aludido, y menos mal, los del ¡*Ay Don Tomás!*... *Ay D. Tomàs*... y el otro con que alternaba:

*Ay D. Simón! Ay D. Simón
Que vino, que vino la División*

Cantaban también la siguiente coplilla:

*Pan y peras no seas bobo
Andate con precaución
Pues aunque tú no lo quieras
He de tener División.*

Siendo Pan y Peras ó Gregorio Suárez ó Pérez Zamora, que no recuerdo bien, diputados á Córtes por allá.

Pero muy poca era la suerte de esta tonada; tan poca como la del *Saquen á Romay* que en seguida

como aquella se abandonaba para volver al *D. Tomás* y al *Don Simón*, los estribillos favoritos.

Tratando de imitar un carro triunfal, griego ó romano, venía el de Telde, tapizado con telas finas de colores, rojo y azul, ostentando entre nubes formadas con gasas blancas, una lápida ó cuadro de imitación mármorea donde en letras de oro se leía la siguiente dedicatoria:

A LOS DIGNOS DIPUTADOS

Don Jacinto de León y Don Cristóbal del Castillo

La ciudad de Telde reconocida.

Hacían de batidores Luis Bravo y Rafael Díaz, vestidos á la romana, montados en soberbias cabalgaduras al mismo estilo equipadas, sin otro anacronismo que el de llevar silla y estribos. Anacronismo perdonable en aquel pueblo donde no se tenía otra idea de la poderosa República, que la poca que daban de si los carteles que en aquellos entonces eran lemas de los dos bandos, Roma y Cartago, en que dividían á los chicos asistentes á las escuelas de primeras letras para emularlos.

Tiraban del carro por medio de cintas tejidas con los colores nacionales, cuatro jóvenes señoritas, niñas casi y sin casi, hermosas de todas veras, figurando genios con ricos y elegantes vestidos característicos donde se repetían los mismos colores.

Aquel número, perfectamente dispuesto, ideado y dirigido por Don Fermín Zumbado, era encantador y lucidísimo. Las niñas, genios, no podían estar más lindas y siento no recordar sus nombres que debieran ser los primeros en consignarse en esta historia, lo cual no es culpa mía sino de mis años que hacen flaquear mi memoria. Pero faltábale al carro música propia de acompañamiento porque el conato de banda que formaron en aquel pueblo, Rómulo y Emilito, vino más tarde.

Esta falta la suplió, generosamente, nuestro *charanguín*, colocándose con sus músicos é instrumentos á la retaguardia. Sin esta galantería el carro de Telde, se hubiera visto desamparado sin otro acompañamiento que el vócerío, que rayaba en cansado, del Don Tomás y el Don Simón, si bien tenía que cargarse con el más *plumbeo* y estrambótico del vals de la División.

Don Carlos Grandy, el secretario del Ayuntamiento de Guía, autor de la letra del Himno, lo fué también, y director asídúo, además, de la construcción del carro que de allí vino, y aquí me cabe consignar, que de este señor recibí las primeras nociones de matemática y agrimensura que tanto me sirvieron más adelante.

Era hombre de vasta instrucción, asídúo lector de la historia; conocía el latín y tenía al dedillo las costumbres é indumentarias romanas.

Este carro forrado de fina tela carmesí donde se habían simulado muy artísticamente los toques de la púrpura y orlado de galón dorado, era en el corte y disposición de su contextura un verdadero modelo clásico. Llevaba en el delantero de su espalda el retrato de la reina D.^a Isabel II y lo tiraban á brazo cuatro guerreros que por lo aventajados de su talla parecían á pesar del equipo, hombres germanos más bien que hijos del Lacio.

En el carro y junto al retrato, iban como prestando la guardia de honor, cuatro geniecillos alados figurados por niños de diez años.

A su frente ya organizado el anterior cotarro, llevaba la banda de música de su pueblo y el coro de cantores también de allí, distinguiéndose por su hermosa voz tiple atenorado ó tenor atiplado, la del jovencito atrás citado.

Cuando ambos carros se reunieron en el palenque de riñas de carneros, las bellísimas niñas genios y los niños geniecillos, fueron obsequiados por Don Antonio López Botas con sendas copitas de curacao

(licor carísimo entonces por lo escaso) y abundantes cobuchos de anises y almendras confitadas.

Licores y pastas que diría en su rídico amañamiento la prensa de hoy.

Por ahora no hablaré más del carro de Guña, que sin embargo me dará juego para más adelante.

Entre carro y carro se colocaron para recorrer el trayecto de la población los mencionados gigantones de Gáldar, que me olvidé consignar eran de inmensa altura y con ellos los *enanos*, dejando á los caballitos el campo libre para flanquear á su sabor el cortejo y enredar entre la multitud.

Las noches de las fiestas seguían animándolos los fuegos del tío Valentín. En la ermita de San Justo, abandonada al culto hacía tiempo, estableció un espectáculo de sombras chinescas y linterna mágica, precursores del actual cinematógrafo que aquí no se conocían, por más que se tenían noticias por referencias iguales á los de los gigantones.

Entre las proyecciones de las sombras las había de un verde bastante subido para aquellos tiempos, que hoy hubieran parecido inocentes. Sin embargo, mujeres había que se escandalizaron y taparon la cara al ver los abrazos que las dichas sombras se daban, que á la verdad, tenían menos intención que los que reciben en los teatros las tiples de los tenores.

De más está decir que las risotadas entre los hombres, y entre las mujeres más emancipadas, eran continuas y estrepitosas.

— Mira el jijo è puya como le jincó un abraso a ella: clamaba sicalíptico el comisionado de Mogan, hombre ya entrado en años.

Otras diversiones distraían por las tardes en la Plazuela, pero allí no entraba para nada el tío Valentín. Eran organizadas por nuestros jóvenes próceres y consistían en los *ensacados y en la sarten*.

Ponían de meta sobre algo, así como un barril, un cuarto, moneda de entonces que valía tres céntimos de peseta; luego se metían á varios muchachos en

sacos de guano que se ataban sólidamente sobre la cabeza, los ponían en fila y á una voz dada se les hacía partir en busca de la moneda; resolviéndose el problema con tocar el barril.

Los *talegasos* (caidas) que sufrían por el trayecto, algunas violentas, y los encuentros fortuitos seguidos de riñas *ensacados* y todo, eran las delicias de nuestros jóvenes próceres, de los maduros y aún de los ancianos, pues á los primeros les recordaban algo de la bestialidad de las peleas de carneros y los últimos se regodeaban con la alegría de sus descendientes.

Lo de la *sarten* era menos brutal aunque más puerco. Consistía en pegar otro cuarto en el fondo que estaba bien lejos de estar limpio de hollín, y había de cojerse con la boca llevando las manos atrás.

VIII

En confuso montón habían concluido por reunirse en la plazoleta citada, los *papa huevos*, los *nanos*, los caballitos, la banda de Guía, el charanguin de Las Palmas y más atrás los carros.

Era aquello un maremagnum donde la inmensa multitud, apipados sus vientres con el néctar gratuito que prodigaban las fuentes de la plazuela, á más el carretón improvisado, había llegado al *sumum* de la exaltación. No se entendía la letra del Don Simón, del D. Tomás y demás tonadillas, ni se destacaban la

voz del joven cantante de Guía y hasta los golpetazos del figle se perdían, no en el vacío, sino en el demasiado bullanguero lleno.

En esto, estentórea voz se encimó sobre la ensordecedora bullanga dominándola completamente. Era la voz del Conserje Caraballo, que no podía hallarse otra más potente.

—Señores, silencio que van á hablar.

El silencio se hizo como por encanto.

En efecto, en el balcón del *Gabinete Literario*, que por otra extraña paradoja tenía literatura entonces, ó algo que á tal se pareciera, se presentó la figura seria y escueta del Dr. D. Domingo José Navarro quien en un correcto discurso, como de los suyos, encomió los trabajos de los diputados D. Jacinto de León y don Cristóbal del Castillo, é hizo el panegírico de los ministros Bravo Murillo y Beltrán de Lis. Tuvo la corrección y el buen gusto, porque era quien para tener ambas cosas, de no mentar á Añaza y sus chicharos. Antes al contrario, llamó isla hermana á la de Tenerife y hermana, por consiguiente, de retruque, resultaba su capital.

Estas hermandades dichas de corazón y con nobleza de alma, se oían por primera vez; ¡y cuanto se ha abusado de ellas, hipocritamente y de modo burdo, en estos modernos egoístas tiempos!

¡Vivan nuestros diputados! viva la División de la Provincia se chillaba más que se gritaba de abajo.

Y pretendía el *charanguín* entonar el vals de la División, cuando la misma voz becerril volvió á oirse.

—Callarse, que va á hablar otro.

Mutis del *charanguín* y silencio general interrumpido momentáneamente por un golpazo del figle que salió por equivocación de la banda de Guía.

Creíase que el nuevo orador sería el Dr. López Botas, pero no fué así.

Apartando á todo el mundo hasta quedarse en primera fila en el balcón dicho, presentóse Pepe Quezada uno de nuestros graciosos más caracterizados

y tomando allí el empaque de orador clásico prorumpió en un

—Señores....

El silencio era completo y la actitud del pueblo anhelante.

Y entonces comenzó una serie de mudos ademanes oratorios, ya llevando las manos á la cabeza como si recapacitara y reuniera sus ideas, ya al corazón, ya al pecho, ya abriendo los brazos y entornando los ojos al cielo, pero sin decir nada.

—Señores... volvió á repetir y siguieron los mismos ademanes y gestos é igual mutismo.

Igual actitud en el pueblo, pero notábase ya algo de impaciencia.

—Digo, señores, que.....

Merequetetrum.

Y se retiró impávido del balcón en medio de las risotadas y las, ¡qué cosas tiene este Pepe! de los próceres que con él lo ocupaban. Risotadas que no fueron tan sonoras y desahogadas como las del público de abajo.

Y pasaron años y años y el discurso del *Merequetetrum* despertaba todavía la risa considerándolo como el mejor rasgo de aticismo oratorio que había salido del caletre de orador canario.

Estas pesadas majaderías, consideradas como finas sales, hacían las delicias de los hombres de aquellos entonces y las harían, también, de los de ahora que no exigen más fina punta á los rasgos del ingenio.

Cuéntase que los demás graciosos de la cohorte no perdonaron nunca al Pepe Quezada la ocurrencia aquella que los dejaba pequeñitos como á tales.

Olvidóse el carrucho que pregonaba las sardinas y los chicharros, el gracejo del lodo y los tres truenos dedicados á los chicharreros, para no ocuparse en tertulias y reuniones, sino del *Merequetetrum*.

Pepe Quezada fué el héroe de aquellos días.

IX

Y volviendo al carro de Telde.

Los de la generación anterior á la revolución de Septiembre, recordarán que en el friso del balcón del *Literario* se ostentaba el cuadro de dedicatoria que aquel carro conducía y del cual hizo obsequio á la referida Sociedad el mencionado pueblo.

Cuando la gente reaccionaria, semi escondida en los primeros meses del acontecimiento, salió de nuevo á la luz notó la desaparición del cuadro, pero no supo ó lo supieron muy pocos, que paradero tuvo.

Este no fué otro que el lugar más inmundo del edificio, por que á nosotros los jóvenes revolucionarios nos faltó tiempo para descolgarlo de su sitio preferente y llevarlo allí, donde lo dejamos abandonado, y de donde más tarde fué sacado y transportado á su casa por el difunto D. Antonio López Benavente, moderado empedernido.

¡Claro! no podíamos transigir con el encumbriamiento de aquellos dos personajes, reaccionarios hasta lo blanco de los ojos, por más que se les debiera aquella división que duró dos años.

Consultado el caso con el abogado Hernández, uno de nuestros jefes políticos, lo aplaudió diciendo: que era preciso *barrer para afuera* y quitar la *zemi-lla del oscurantismo* donde quiera que se presentara; que *ezos señores* eran unos *apaga luzes*, unos *neos*, y por ahí fué desagotando con su deajo cescoso el largo repertorio de sus frases progresistas.

Por las noches se celebraban bailes particulares en los barrios de San José, San Juan y San Bernardo lo mismo que en el risco de San Nicolás compuesto entonces de cuevas y alguna que otra casucha donde la parte trancera era cueva también. Estos últimos eran los de más animación, debido, tal vez al atractivo de ciertos escondrijos en la mencionada trancera, partes que, aunque sucias y asquerosas, se prestaban á iguales menesteres amatorios que las encantadoras grutas de Trianón.

Las isas, folías, malagueñas y seguidillas, iban cediendo su puesto, desde hacía poco tiempo, al baile *agarrao* que las más pudibundas de las muchachas rehusaban, pero las otras *vaseaban*, y *porquiaban* hasta caer rendidas, sino le quedaba á alguna los suficientes ánimos para visitar los escondrijos supradichos.

De sobre mesa se hallaban en su hotel el mi tío segundo y sus compañeros de comisión, repitiendo aquél los elogios del *ajiaco* que les habían servido, al cual era lástima que faltara la *yuca*, el *moniato* y la *malanga* y deshaciéndose en frases lisonjeras para los canarios que no consideraba *cimarrones* sino *chinitos* que sabían preparar sus *jaranas* tan bien como *ahy*, cuando entró en el comedor un muchachón vestido de chaqueta y pantalón de lienzo *echado en el pais* y calzado con borseguíes de baqueta. Quitóse de mala gana la *cachorra* y sacando del bolsillo del pantalón un papel bastante arrugado lo entregó á D. Blas que parecía el más respetable de la reunión.

—*Pa que puecan dir* al baile de esta noche que dá el Gabinete en el Colegio.

El portador era un criado de la Sociedad y no es de estrañar que estuviese vestido como un mozo de

cuadra, pues aun estaba muy lejos el tiempo en que sus sirvientes se uniformaron.

Cayóseles el alma al pie á los invitados, rústicos labradores, que no sabían sino pisar el suelo de sus tierras, ni entendían de más sociedad femenina que la de sus cochinitas y comadres; y temblaban al pensamiento de tener que andar sobre alfombras y mucho más recordando las manos de cera que se habían dado al tablado del salón del ambigú.

Mirábanse unos á otros atortolados, cuando Don Blás dirigiéndose á mi tío segundo le dijo:

—Vaya V. en nombre de todos, puesto que ha bailado en el teatro de Tacon con la marquesa de Veraguas y sabe ya lo que es eso.

—¿*Chunguita* Señor D. Blás? Si que he bailado en aquel teatro y con espuelas de plata como ahí se acostumbra cuando hay gala, y no he lastimado ni en una hiláchica el túnico de la pareja; pero antes de decirme voy á contarles un sucedido que me relató Plácido el mulato, y Vdes. dirán luego.

Convidados por el león para un baile un burro y una *chiva*, esta tenía empeño en ir y el burro se negaba si no le tocaban cierta piezaailable, que al nombrarla, la hizo ruborizar hasta los cuernos y caer con patatuz.

—Pues bien, añadió, yo conozco *bohios* donde hay *chinitas* muy *chinas* que no se ponen coloradas ni les dan *flaticos* y allá voy horitica, *camaraas*.

Y le siguieron todos sus compañeros, hombres enteros de cuarenta y cinco años á cincuenta el que más; y en aquellos estraviados lugares hallaron á sus colegas de Comisión de otros pueblos escepto los dos de Telde y uno de Arucas, siempre fátua, que asistieron al baile del Casino.

Este tuvo lugar como ya lo indicó el mozo antes citado, en el colegio de San Agustín, en su amplio patio, alfombrado, entoldado y decorado con ramas, flores y tarjetones alusivos. El ambigú se había instalado en los salones altos, y el alumbrado era es-

pléndido é intenso, que dejaba muy atrás á los que hubiéramos hecho hoy con luz eléctrica.

Y de pasada hago constar, que en el ramo de electricidad estábamos tan en mantillas, que solo teníamos noticias los que estudiábamos, de la frotación del ambar con sus resultados de atraer pequeños pedacitos de papel, y de las convulsiones de las patas de ranas enganchadas al garfio de acero. Y no sabían más nuestros profesores, ni podíamos aprender otra cosa los más aventajados discípulos.

Antes de entrar en el asunto del baile, debo ocuparme del *ambigú*. Los ambigús en aquellos tiempos, no se despachaban como hoy, con cuatro cosas baratas y por lo regular incomibles. Tenían el carácter de comilonas á estilo de bodas de Camacho, ó cenas de Lúculo. Y nada se hacía sin los pavos trufados, las gallinas rellenas, los cochinitos asados, las enormes bolas de carne mechada, las sabrosas lascas, las cazuelas de genovesado, los quesos de cabeza de cerdo y otras viandas por el estilo en carne y en pescado, sólidas y alimenticias hasta para estómagos de Gargantúas, y esto seguido de una variedad de postres y confituras que no tenían rivales en confección, ni límites en número.

De tres á cuatro de la madrugada, se servía este festín de Baltasar, pero antes, á las doce, era de rigor tomar el *tente en pié*; consistente en regular tazon de succulento y espeso caldo con media gallina dentro hecha picadillo, por barba de señora. Esta era la célebre *cazuela* cuya factura y temple se ha perdido.

X

En aquellos tiempos no había ama de casa ni hijas de ama de casa que no conociera, más que regularmente, trabajos de guisos y de repostería. Nuestra cocina, de origen frailuno-monjil, nada tenía que envidiar á la mejor, y lástima ha sido que hayan venido á bastardearla, sino á dejarla en completo olvido, por un lado la resistencia de las amas á ocuparse en esos ramos, la ignorancia de las mozas de servicio que salen sin educación alguna culinaria, ni tener quien se las dé, *del caldo de jaramagos* á entender por su cuenta en otras composiciones más superiores, y sobre todo, la intrusión de la cocina inglesa, mal entendida y peor aplicada.

Debo, dejando á un lado esta disertación, y volviendo al ambigú de la División, decir que aquello fué una maravilla, que no ha vuelto ni volverá á repetirse.

Y quien la realizó? ¿Con qué dinero, cuando aquella cuantía de viandas, representaba en valor una fortuna?

Realizóla el patriotismo y el desprendido entusiasmo de aquellas gentes. De todas las casas de la población desde la más rica, hasta de la que solo disponía del duro para la compra del día siguiente, fueron platos y más platos, servicios y más servicios, hasta constituir aquellas mesas dignas de Heliogábalo.

De más está decir, que ese dispendioso, abundan-

te y succulento comistraje, no costó al Gabinete ni al Municipio una perra chica. De cuenta de aquél, solo corrió el prestar sus mozos, colocar los platos y decorar los salones.

Hasta mis primeros tiempos de jóven, los ambigús del Literario guardaban sino en tanto en cuanto, las reminiscencias de su progenitor el de la División; se servía el pavo trufado y la gallina rellena, amén de otras viandas sólidas, y á las doce, se preparaban los estómagos con la celebrada *cazuela*,

Pues esto cambió radicalmente, cuando fué nombrado Presidente de Recreo D. Agustín Penichet. El flam y los huevos hilados, alimento de cotorras, campearon solos, sin más aditamento en aquellas mesas, y la succulenta cazuela de gallina, fué sustituida con el sopi-caldo, insípido *beberaje*, más que *comistraje* que inclinaba los estómagos á la diarrea.

Fué entonces cuando se uniformaron los sirvientes, y hubo el conato que no prevaleció, de suprimir las escupideras.

Tampoco se conocía entonces la insoportable etiqueta; nuestros jolgorios se realizaban como en familia, y por lo tanto se iba á los bailes de frac, el que lo tenía y quería ponérselo, de levita, de levisac, de chaquetón marsellés que se estilaba mucho, ó como agradara con tal de no tener estas prendas superiores, los codos rotos, ni las inferiores sietes mal surcidos.

Todos mis lectores conocen la amplitud del patio de San Agustín; pues bien, aquel espacio estaba tan lleno que hacía casi imposible el bailar. Sin la insoportable cantíga del vals de la División, nada podía pedirse á aquel animadísimo y espléndido festival.

Dos datos históricos tengo que consignar antes de seguir adelante.

No se *descorchaba* el champagne, otra amanerada frase de nuestra prensa, por el hecho de mayor excepción de que en aquellos tiempos no se conocía entre nosotros.

Los jóvenes próceres; los de las peleas de carneros, no llegaban á sus labios una copa, sin el obligado *jip jip... hurrah!* que habían pescado de los marinos de la Macedonia.

Si la primera amanerada frase está hoy campante, demos gracias á la providencia de que se haya olvidado el fastidioso *jip jip...* Algo se gana cuando de dos males desaparece uno.

Por intervalos penetraban en el salón de baile, rondallas de artesanos formadas por bandurrias, guitarras y típles que ejecutaban piezas bien tocadas, oídas con sumo gusto, teniéndolo ellos, y bueno, al no hacer figurar entre sus tocatas el insoportable vaís consabido.

Cantaban isas y malagueñas, y antes de despedirse eran conducidos por la juventud prócer á los departamentos altos, donde eran obsequiados con viandas, dulces y copas, en cuyo obsequio, aquella juventud encontraba ocasión de repetir su *jip jip hurrah!* á cada copa que se libaba.

Las rondallas salían dando vivas á la División, á los diputados y ministros, que eran contestados con sin igual entusiasmo por la concurrencia de casa, tanto masculina como femenina.

XI

El baile comenzó, como era de rigor, por el rigo-dón de rúbrica; ocupando los puestos de honor nuestros próceres, y la dirección de las figuras como con-

secuencia. Pero hacíanlo sumamente mal; especialmente el Dr. López Botas y su padrino el Sr. Conde. Aquél llevaba al baile el mismísimo mal oído con que desentonaba la lectura de sus informes en los estrados de la Audiencia, y este su torpeza de piernas y pesadez de movimientos. Perdíanse á cada paso éstos y los demás *comandones*, y sin el saber coreográfico de sus lindas parejas, el rigodón de apertura hubiera tocado en lo grotesco.

Pero como todo en este mundo, tiene sus *pró* y sus *contras*, resultó el *pró*, que lo era, el haber alcanzado los oídos una tregua al continuado ensordecido del plúmbeo y fastidioso vals de la División.

El *orquestín* ó *charanguín* nuestro, encargado de las tocatas, se vió obligado, con el rigodón, á ejecutar el acompañamiento *ad-hoc*, y por consiguiente, por mucho que lo sintiera, á cambiar su molesto *guineo*.

Como todas las dichas de este mundo, el *pró*, duró poco, porque después de terminar de *mogollón* y como Dios quiso, la pieza de apertura, la juventud unánimemente pidió vals.

¿Y qué otro podía ni debía tocarse sino el de la División?

Que se emprendió al punto, coreando las parejas á toda voz, la destartalada letra y dominado el *orquestín* de un frenesí instrumental que disquitaba el pasado *lapsus*.

.....del mágico vals

vamos, vamos, vamos juntos á bailar.

Y se lanzaban los jóvenes en rápidas y vertiginosas vueltas, ardiendo en entusiasmo patriótico cada vez más exaltados. ¡Pero que bien, y que magistralmente se bailaba en aquellos entonces! Terpsícore podía darse por muy bien servida con tener en ellas y ellos tan buenos discípulos.

.

El vals y el coreado, parecían llevar intenciones de no terminar. Los del *charanguín*, se engolfaban cada vez más en su predilecta tocata, y los bailadores con los rítmicos movimientos y el canto, sentían *in crescendo* su ardimiento y entusiasmo.

De pronto cuando menos era de esperar, en el *sumum* de la bullanga, *orquestin* y parejas, pararon en seco.

¿Y porqué era eso?

Un jóven que se esforzaba en dar á su ceño una seriedad que no le cuadraba, había enarbolado un junquillo que llevaba en la mano.

Este jóven era el *bastonero*, institución imprescindible en todo festejoailable de entonces, que regulaba la duración de cada pieza, y tenía á su cargo además, la guardia y custodia de la compostura y órden de la reunión.

No se explica la existencia de tal individualidad en tiempos respetuosos y comedidos, como eran aquellos, pero le conviene saber al lector de ahora, que *trota* más bien que baila en los salones, con la libertad y desórden que le acomoda, que al personaje dicho se le proveía de las más autoritarias atribuciones, incluso la de poner en la puerta de la calle al individuo de quien sospechaba la más pequeña incorrección.

Y sus decisiones no tenían otra apelación que la de esperarle á la salida, al final de la fiesta y romperle las narices, cuando no se daba el caso, bastante frecuente, de que fuese rompedor el *bastonero*.

¡Pero que creación más insoportable era la del tal empleo!

¡Y como intrigaban los jóvenes por conseguir la plaza! que á más de acarrearles enemistades, les imponía el sacrificio de no bailar, ni disfrutar de las alegrías y satisfacciones del festejo.

Ibas á sacar á una jóven para que fuese tu pareja, y el *bastonero* te seguía con el fin de impedirte que

no emplearas más frases de las precisas para la invitación, aunque se tratara de tu novia.

¿Qué al final del baile te sentabas al lado de la invitada, para sostener un ratito de sabrosa charla, aprovechando el hallar la silla contigua desocupada? Pues en lo más animado y grato de la conversación, he aquí que el *bastonero* te encaraba su avinagrado rostro, dándote la orden de levantarte, pues aquella silla, tal vez, pudiese necesitarse para una señora.

¡Qué te hallabas bailando!, y el *bastonero* inspeccionaba la distancia entre cuerpos para obligarte á la *vitola* de separación por él establecida.

Que si suponía, porque sí, tus manos sudorosas, te obligaba á colocar á pesar de los guantes un pañuelo mediador.

Y otras mil y mil minucias por el estilo, que te quitaban el humor y la alegría.

El prototipo de los *bastoneros* fué, en mi juventud, mi anciano amigo Agustín Pérez: en él se reunían superándolas, todas las *incordiadas*, permítase, por lo gráfico, la palabra, de sus concólegas; raro era el baile en que no ejercía las funciones de tal; parecía en él un cargo vitalicio.

Andando el tiempo, y liado en la política, se han notado en sus procederes reminiscencias del bastonerismo de origen.

Jip jip... hurrah!

Jip jip... hurrah!

Y esta frase de brindis inglés, ó norte americano, que se iba haciendo más pesada é insoportable que el mismísimo vals de la División, repercutía en el patio proveniente de los salones altos, donde se ha-

llaba el ambigú, dominando toda bullanga: la del *orquestín* y la de una rondalla de guitarras y handurrias, formada por artesanos (barberos en su mayoría) que se habían presentado á pedir una miajita de bailoteo con las señoras, petición que les fué concedida con la mayor amabilidad.

Al mismo tiempo varios jóvenes que entraban, decían, «están arriba refrescando, y han de venir para abajo enseguida». Y las muchachas cuchicheaban unas con otras.

— Arriba están los *mirlones* y dentro de poco los tendremos aquí.

Pero continuaron oyendo los

Jip jip... hurrah!

y la continuación se hacía desesperante, hasta el punto de figurarse las damas que los *mirlones* no vendrían, ó que en caso de venir se presentarían en un estado deplorable.

Al fin, después de otro:

Jip jip... hurrah!

se sucedió un intervalo de silencio, silencio tal, que se comunicó al *orquestín* y á la rondalla, apareciendo luego en el baile, elegantemente vestido de frac azul, y en la actitud más correcta, el grupo tan ansiosamente esperado de los *mirlones*.

Llevaban todos en el ojal de su frac, una flor de lis artificial, de tamaño bastante visible, ostentando la cual, recorrieron el lugar del baile, simulando una especie de formación que marchaba con afectado paso de arrogancia y seguridad, pero no sin rendir saludos y cortesías á las damas. Estas, entusiasmadas con la novedad del emblema, aplaudían y daban vivas á Beltrán de Lis

—¿Pero no es por la Reina lo de la flor? preguntaba á otra una señora anciana.

—No: por Beltranito, contestó la interpelada, pro-

nunciando con la más cariñosa dulzura el diminutivo: por Beltranito que nos ha dado la división: Dios se lo pague.

Eran mortales y jóvenes los *mirlones*, y depusieron bien pronto su forzada actitud arrogante y serio mutismo, prorrumpiendo en los vivas de cajón é invitando á un vals á las jóvenes.

Que no fué otro el vals, por supuesto, que el insoportable de la División.

Al final del majadero vals, toda la concurrencia se dirigió á los salones altos. para tomar el *tente en pie*.

Me refiero al tazón de caldo con la media gallina desmenuzada dentro, por barba de señora, que constituía la cazuela.

Así, y no de otro modo, podían aguantar aquellos cuerpos femeninos, las dos ó tres horas que medían, hasta la cena *luculística* con que finalizaba el festival.

Los comisionados cazados de orden superior como conejos por Antúnez y Pucherito, fueron al fin agazapados en las cuevas del Risco y traídos quietas que no á San Agustín.

No participaron del baile, ni asomaron siquiera una nariz, como decía D. Blás para verlo, pero en cambio se refocilaron en mesa aparte, porque así lo exigieron, en el ambigú.

¿Qué participaron también de los

Jip jip... hurrah!

de los jóvenes obsequiantes, para que decirlo?

A más de la mesa del ambigú, había otra, siempre cubierta, en el Salón donde está hoy el Juzgado, para regodeo del popular, que entraba allí como por su casa.

Escamoches sobraron para repartir entre pobres y establecimientos benéficos, por más de una semana. Y cuenta que los repartos de pan se sucedían sin

señalar número de libras ni llevar nota de los intervalos.

Mi viejo amigo Agustín Pérez, pertenecía también á los *Mirlones*, pero las exigencias del cargo de *bastonero* en aquella noche, no le permitieron figurar en la comparsa.

El lector de hoy querrá saber quienes eran los *mirlones* y el porqué de la denominación y su significado. Puedo satisfacer el primer extremo. Los *mirlones*, era la fina flor, la *élite* de nuestra juventud patricia, adicionada con un contingente de lo más saliente de la clase media. En cuanto á los dos extremos últimos, nada puedo decirte con certeza, ni sin ella.

XII

Antes de terminar la relación de los festejos, creo conveniente hacer una digresión.

Más tarde, en los tiempos de la Revolución de Septiembre, cuando era yo oficial de la primera de voluntarios de la libertad, que capitaneaba D. Juan de León y Joven, decíame el abogado Hernández con su pronunciar cezioso.

No te fíes de tu jefe; *eze ez* un *pastelero* que en el baile de la División llevó con los *mirlones* la flor de *lis*; ziempre zerá un neo, un *ozcurantista apaga luzes*, un *reaccionario*. También persiguió á Rafaelito con Agustín Pérez, por causa de Castillo,

--Creo en los arrepentimientos. San Pablo se convirtió persiguiendo cristianos, le contesté.

En tanto se bailaba en San Agustín, el pueblo har-to del D. Tomás y del D. Simón, se había congrega-do en la Plazuela aprovechándose del sabroso néctar de las dos fuentes: muchos, tumbados del todo, pasa-ron allí la noche durmiéndola.

Y véase lo morigerado de las costumbres de la época vuelvo á repetir; el municipal único que ron-daba á prevención aquellos contornos, no tuvo nada que hacer, ni el aditamento de su casporro en aque-lla noche, ni en las siguientes, donde se repitió el mismo contubernio. Las hetairas guardaron, á lo me-nos ostensiblemente, una corrección de vestales.

¡Qué iluminación más sorprendente presentaba nuestra ciudad en las noches de aquellos días! La luz eléctrica de hoy, no hubiera resuelto el problema como entonces.

Las cimas de los Riscos de San Juan, San Ber-nardo y San Nicolás, igualmente que sus vertientes ó laderas, lo estaban con profusión de hogueras que no se dejaban mermar en intensidad de luz, y mucho menos extinguirse. Sus resplandores envolvían toda la ciudad y sus barrios, reforzando las luces de las calles y casas, donde hasta las más pobres y aparta-das, habían colocado sus filas de farolillos en las fa-chadas y pretilas de las terrazas, además de velas en los huecos de ventanas. Desde la bahía, según la ex-presión del capitán del *Trueno*, parecía que un in-cendio general se cebaba en la población.

El mi tío segundo aseguraba, que la *luminaria* que se hizo en la Habana para recibir á Tacón, donde solo Pancho Martí empleó para prepararla quinientos negros suyos, en mitad cimarrones, no sobrepujaba á la nuestra.

¿Qué decir de los edificios públicos y de las ca-sas principales? Sus fachadas estaban materialmen-te cubiertas de luces, sin que quedara espacio libre, sino el de los huecos de entrada.

Pero donde el arte, el gusto y la riqueza se mostró en mayor grado, fué en la iluminación de la Casa Condal, en la que en medio de arabescos de luces y tarjetones alusivos, se distinguía un trasparente de grandes letras con esta cuarteta, labor de Millares:

*Con muy noble lealtad
Hoy ofrece Gran Canaria
A su vecina Nivaria
Amor y fraternidad.*

Tengo que estos ofrecimientos fueron sinceros, y tanto más, cuanto que nuestra inquina, jamás se dirigió contra Tenerife, que llamábamos clásicamente Nivaria cuando el consonante del verso así lo pedía, ó Tinerfe en otro caso también de modo clásico, bien es verdad, que siendo Añaza parte integrante de la misma isla, correspondíale su parte alicuota en el amor y fraternidad ofrecida al todo. ¡Pero que demonios!

¿Acaso los poetas de Tenerife nos llevaron nunca la palma en entonar ditirambos al Teide, que como ellos llamábamos el *Cano Echeide*, aludiendo á sus nieves, ni al valle de la Orotava que igualmente denominábamos *Arautápala* cuando escribíamos versos?

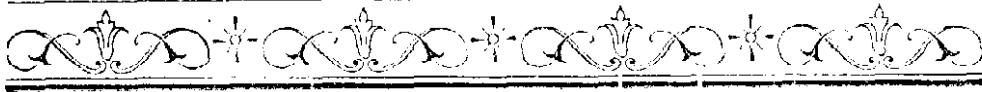
Y aquí termina la relación de los festejos de la División de 1852, que creo me haya salido demasiado larga, pero con no seguir su lectura el que la haya comprendido, estará del otro lado.

Las comisiones de los pueblos, comenzaron á retirarse, pero el mi tío segundo se resistió á seguir á sus compañeros, fundado en que cada vez estaba más encantado de los canarios; *chinos* que sabían hacer sus cosas como *ahí*; que no eran *ciguatos*, y además le llamaban las *chivas* que había conocido.

Todo lo vence la fé, y todo lo allana el patriotismo, cuando esta virtud cívica es realmente sentida,

Lo que hizo entonces esta población diezmada y empobrecida con la epidemia del cólera del año anterior que se cebó en ella crudísimamente, como en todo el resto de la isla, es inexplicable: parece algo milagroso. ¿De dónde se sacó el dinero que costaron los festejos? Pues de todo el mundo: desde el pobre al rico que se ofrecían voluntariamente con sus donativos, sacrificándose los primeros, dado el extremo de miseria á que se había llegado después de la epidemia.

Ahora el narrador, para ser verídico, se ve obligado á entregar la carta. Nacido el año 42 del pasado siglo, su edad por consiguiente era de diez años á la sazón de los hechos, y mal podía conocer de cosas y personas en la forma y modo que lo dá á entender, sino hubiera tenido el 58, en la segunda división, cuando su edad frisaba en los diez y seis, y los sucesos estaban frescos, y se reía aún á mandíbula batiente el *Merequetetrum*, un respetable señor. que nombro, Don Andrés Aguilar, que se los relatará *ce por be* con el chispeante gracejo y colorido que acostumbraba.



COMO EPÍLOGO

I

Quince días después de terminadas las fiestas, apareció por la plaza de Guía donde estaban reunidos sus amigos, el mi tío segundo, á quien la primera pregunta que se le hizo fué relativa á saber de su estancia en Las Palmas, después que se habían separado.

--No me ha cojido de nuevo ni me extraña porque ha sucedido *camaráas*, lo que yo les decía; que los canarios al fin y al cabo la habían de c... gar.

Y esta puerca acción que el mi tío segundo atribuía á los canarios, no tenía otro fundamento que el de haberle el fondista presentado la cuenta de lo gastado en los días que se siguieron á la terminación de los festejos cuando las cosas se normalizaron, y por lo tanto la órden de hospedaje gratuito ya no rezaba.

A este mi tío segundo, que era un verdadero buen mozo, de aspecto recio y viril, no le conocieron en Cuba los que de allí venían, otra ocupación ú oficio que la de frecuentar fumando ricos vegueros y bien vestido los teatros y cafés, y sin embargo, aunque era misteriosa su fortuna no la achacaban á mal origen.

A sus íntimos confesaba que en aquella bendita tierra, no le faltaba á ningún *chino* bien *parado* una *onza por el naípe*, cuando de ciertas matronas viejas la quería.

Y vuelvo al carro de Guía, hablando ahora de *vi-su* por lo que se verá al final.

El secretario Don Carlos Grandy, no quiso consentir en su obra el menor detalle, la más pequeña innovación que contrariara su clacisismo.

Escogió para *milites* los cuatro mocetones de mejor talla y presencia que se encontraron en el pueblo, y había donde escoger. A continuación los nombro:

Francisco Calcines.

Francisco Padrón,

José Felipe (bibi)

y Quevedo, cuyo nombre siento no recordar.

Los cascos y corazas se fabricaron de cartón, sobre moldes de arcilla, que el secretario trabajó con sus propias manos. Las *caligas* ó sea el calzado militar, aunque cocidos por el tío *Osorio*, fueron cortados por aquél, é inspeccionados asiduamente hasta su *terminación*. El mismo, cortó la *vesta* y cuidó de que el faldellín no saliera debajo de la coraza, sino lo que rigurosamente era de rúbrica: dió el modelo del tahalí y de la espada corta del soldado romano, é hizo viaje á Las Palmas á escoger el calzón de punto, que había de simular la parte de muslo descubierta.

En la casa de Quevedo se probaron los equipos, y era un gusto el contemplar la hermosa fachada que presentaban los escogidos mocetones.

Pero eran tres, solamente los que ostentaban con orgullo su correctísima clásica apostura. El cuarto vuelto tenazmente para la pared, parecía determinado á no dar el frente.

—Vuélvete Quevedo, le intimaron casi á dúo el Alcalde y el Secretario.

—Señor D. Blas, y señor D. Carlos, contestó el

interpelado dando siempre la espalda ¿qué sus mercedes creen que no tengo vergüenza?

Entonces cayeron en el ajo, la autoridad y su fiel de fechos. Quevedo en Cuba hubiera hecho perder su feligresía á mi tío segundo.

—Pues se hará más larga la faldilla, insinuó el alcalde.

—No puede ser, contestó alarmado el secretario. La última reforma que sufrió el uniforme del soldado romano debida al Cónsul Quintus Marcius, no alargaba la falda de la *vesta* al salir de la coraza, sino un *pes* lo que en este caso nada resolvería. Se buscará otro hombre.

¿Pero era eso tan hacedero? ¿Era cosa tan posible sustituir con otro, cualquiera de aquellos escogidos buenos mozos?

El Alcalde jamás pudo comprender, como dejaba de aceptarse una solución al problema, tan sencilla, cual era el alargamiento de la faldilla hasta donde fuera preciso, sobre todo habiendo tela y costureras que las había.

.

Como pudo resistir aquel *miles* sin quedar inutilizado para siempre, durante los días de las fiestas, en que los carros estuvieron en circulación, el sistema de ligazones y ataduras ingeniosas como del secretario que las ideó, y fué aceptada por la parte interesada, entra en los límites de lo misterioso.

Bien es verdad, que durante el tránsito de los carros se notaba por intervalos, la deserción de un soldado que se retiraba con rostro contrariado durante un cuarto de hora, y volvía con otro semblante más despejado,

—Ay jijas, y que rebonitos que están los angelitos, decían las mujeres del pueblo cuando aparecieron los niños vestidos y arreglados del todo.

Cuya clasificación de angelitos mortificaba al secretario que no había pensado sino en cuatro amor-

cillos, y así lo probaba las alitas de mariposa, para formar una especie de guardia de honor, clásica al retrato de la Reina.

Y para concluir, consigno los nombres de estos amorcillos, que volvieron por misericordia divina, sanos y salvos al poder de sus padres, después de atravesar de ida y vuelta aquel larguísimo y escabroso antiguo camino de Guía á Las Palmas, metidos por parejas en sendos serones llevados por mulos.

Estos nombres son:

Dionisio Molina (difunto)

Baltasar Acedo (difunto)

Eufemiano Lorenzo (vivo con un pie en la sepultura) (1) y el que escribe estas líneas, vivo también y en igual guisa de pie, que pide á Dios por el descanso eterno de los fallecidos cuyos nombres figuran en esta verídica historia.

(1) Cuando se escribieron estas líneas vivía Eufemiano, hoy que se publican hace poco ha fallecido.

Quedo yo, pues, de superviviente.



POST-EPÍLOGO

Que no tiene otro objeto que el de dar publicidad á un rasgo de patriotismo, de uno de los individuos de aquella época, al cual se acercaban sino en tanto en cuanto los demás.

Y no para que sirva de ejemplo á los de la actual generación, que no va con ejemplos, ni mucho menos, sino para que se sepa y no se me quede el rasgo embuchado, que pudiera dañarme.

Nuestro desideratum, el cúmulo de nuestras ambiciones en los pasados andares á que me he referido, era la División de la Provincia, y no deseábamos la división esa, por el lucro de empleos que trajera consigo, pues todos los puestos los ocupaban peninsulares y santacruceros.

No: en tal aspiración, la idea dominante y exclusiva era la patriótica en toda su pureza, y bien lo manifestaban los versos de los himnos que se cantaban en los festejos.

*¡Oh! ventura, Canaria ya es libre
De Tinerfe cesó la opresión,*

Y esto, del cesar la opresión de Tinerfe, modo clásico de llamar en verso á Tenerife que empleaban nuestros vates, era lo que se pretendía, y conseguido

¿qué importaba que todos los destinos se ocuparan por peninsulares ó por hijos de aquella tierra?

¿No se les daba en el hecho de ser empleados de la provincia de *Canarias Orientales*, á unos y otros por igual, una significación, y una acogida extremadamente superior á sus máximos de doce mil reales?

Ah! Dividida la Provincia, el odio feroz que con la leche que mamábamos contra la *Interina*, se trocaba en plácida ternura y amor entrañable cual lo revelaba el transparente de la casa condal.

*Con muy sincera lealtad
Hoy ofrece Gran Canaria
A su vecina Nivaria
Unión y fraternidad.*

Pero la provincia se unía y los odios de pueblo á pueblo adormecidos con el lapso de tiempo divisorio, renacían con igual zaña.

V voy al asunto.

Un pobre señor, pobre sin otros recursos que el modesto destino que desempeñaba, y á quien conocí anciano; fué nombrado para ocupar una plaza de escribiente en las oficinas de Hacienda, porque estos puestos por sus mezquinos sueldos eran despreciados por los peninsulares y los tinerfeños, honoríficos en cambio para nosotros. Su inteligencia y buen comportamiento le hicieron ascender, hasta el extremo de llegar á oficial al unirse la Provincia, buen destino entonces, y que además le ponía en carrera, pero le obligaba á residir en Santa Cruz.

—No tendrá la *Interina* el gusto de que mis piés pisen su suelo, contestó al recibir la credencial y renunció al destino sin tener otra cosa.

¿Comprendéis esto los que hoy barajais la palabra patriotismo y usais y abusais de ella para encubrir vuestras aspiraciones egoistas hasta el extremo

mo de que esa palabra y la virtud cívica que simboliza se haya hecho objeto de mofa y de suspicacia?

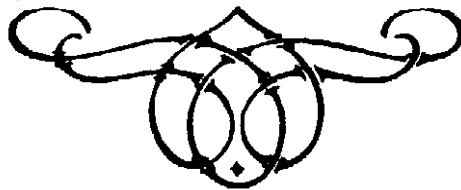
Se que os reís de aquella repuesta digna de un Lacedemonio, vosotros que iriais por ocupar una plaza donde ejercer vuestras irregularidades, no digo á la *Interina* sino al mismísimo centro de los infiernos, si os lo ofrecieran.

Haced todo lo que os parezca en provecho propio, pero dejad á un lado la palabra sagrada: no la enlodeis cubriendo con ella bastardas y despreciables *Tartuferías*.

Y hecha esta pequeña punta de sermón que positivamente se que os entrará por un oído y os saldrá por otro, doy el nombre del héroe aludido:

Don Cristóbal Millares, el viejo.

¡Loor! ¡Loor!



LO DEL TRIPILI



LO DEL TRÍPILI

I

Era un baile de teatro, de intermedio, y se denominaba el *trípili-trápala*; pero con la mitad de la denominación se conformaba el público, como sucede hoy con la de *Cine*, que es la tercera parte, justa, de la palabra *cinematógrafo*: aún menos, como se vé.

Danzábase al compás de una coplilla, de donde tomó nombre, y cuyo comienzo era.

Con el trípili, trípili, trípili,

Con el trípili, trípili, trápala...

Sin que mi memoria gastada de viejo, pueda recordar algo más de la extrambótica letra, pues de recordarlo lector de hoy, aquí la estamparía en tu obsequio.

—Dice la tradición que era el *trípili* un baile des-cocado y escandaloso que allá, en el año de la Nanita, provocó, en el teatrillo que llamaban de *Cairasco*, donde hoy se halla el primer Casino del Mundo, una bronca de mil demonios y hasta hubo un conato de atentado á la autoridad.

—Pues mira: lector de hoy:

Voilà comm' on écrit l'histoire.

De eso no hay de verdad, sino lo de la bronca; pues ni el suceso pasó en el año de la *Nanita*, sino en mis tiempos de jóven, donde imperábamos los revolucionarios de Septiembre, y á pesar de mi edad avanzada, tanto como tú, ó como tu padre al menos, pertenezco al tiempo de la *Nanita*; ni el baile en cuestión, podía calificarse, *mayormente*, de descocado y escandaloso, y lo del conato de atentado á la autoridad fué, simplemente una *abobiadura*, que decimos aquí.

Te pondré, lector de hoy, en algunos antecedentes

*
* * *

En aquellos tiempos, á lo poco de formarse el partido republicano, se dividió en dos fracciones enemigas é irreconciliables. Los padres progresistas, progenitores nuestros, desaparecieron, anulados, del teatro de la política y esta la monopolizábamos nosotros en lucha ardiente y enconada de hermanos, que no nos dábamos cuartel, haciéndonos cruda guerra en el Club y en la prensa y en los corrillos y zapaterías.

Aquello era un batallar continuo tratándolos á ellos, nosotros, de *demagogos* y *socialistas* y ellos á nosotros de niños *bonitos individualistas* y hasta ricos.

Y cuenta que todos esos denuestos rezaban con nosotros, los jóvenes redactores de *El Federal*, que dábamos la nota á la fracción nuestra á pesar de Jurado que la presidía.

Cierto que éramos niños más ó menos bonitos, *individualistas*, igualmente, hasta la exajeración; pero ricos ¡Qué sarcasmo!

Y así nos las componíamos combatiéndonos tenazmente y alarmando á los pacíficos de la población, muy lejos de ser entonces bienaventurados, pues los arrastres continuos por las calles de los cañones de Jurado, los redobles, sin tregua, del tambor Machaca, de nuestra compañía de voluntarios, que capitaneaba Don Juan León y Joven, el aspecto tremebundo de los fantasmones rojos, que comandaba el convencional Gutiérrez; tenían los ánimos de aquella buena gente contristados y sus nervios en continua tensión.

Y á todas estas, huida ó metida en sus casas, la gente de arraigo, la que dicen que tiene que perder, y el casacón recluído en sus fincas del campo, temidos de no se que miedo al pueblo soberano, que aunque campeaba libre por sus respetos, ni por asomos pensó en molestar á nadie, como no molestó.

La docena de jóvenes exaltados que lo dirijíamos y manejábamos á voluntad, profesábamos á la par que unas ideas de libertad sin límites, unas intenciones pacíficas y ordenadas; y éste nuestro modo de sentir hallaba eco en las masas de aquellos tiempos; viriles, pero honradas y generosas.

Con todo: las peroraciones al aire libre del ciudadano Domenech; las discusiones candentes, que salían afuera, en la zapatería del ciudadano Juan la O y en la talabartería del ciudadano Judas Avedane; la lectura pública en plazas y calles, á voz en cuello de los folletos de Roque Barcia; las proposiciones del ciudadano Mármol respecto á la división en compartimentos, de la Catedral para alojar á ciudadanos necesitados, y otras y otras especies de género semejante, creaban para las gentes de paz una atmósfera de época del Terror, que trascendía.

—*Esta es la fin*: decían las viejas—Y los señores todos *desparpajados* para los campos; gobernando y

mandando la gentusilla del Risco y la manada de muchachos *trompitiscas* que las lleva de acá para allá.

Y sin embargo, en medio de tanta libertad y de tanto bullir de exaltadas pasiones, jamás fueron molestadas las cosas ni las personas: el que quería ir á misa á misa iba, el que á la logia á la logia, el que á la fracción republicana de Hernández, á esa fracción, y el que á la de Jurado á la de Jurado. El:

Laissez faire, laissez passer,

que predicábamos los *individualistas autónomos* de *El-Federal*, sino éra un hecho completo en su cumplimiento, se acercaba á serlo en cuanto era dable á la condición humana.

Nuestros enconos, nuestras luchas á brazo partido, las guardábamos para nosotros mismos: la fracción republicana de Jurado y la de Hernández que, dominadas por un odio fratricida, no se daban tregua en su batallar. La elección del primer Ayuntamiento popular se acercaba y cada una de las fracciones tenía su candidatura propia que disputaría forzosamente en los comicios.

Pero dábase que ciertos artesanos, entre ellos Tiburcio Miranda, Lucas del mismo apellido, Mariano Martín, Félix Acosta, Zenón Doreste, Machín, los Ojedas y otros más, capitaneados por el destituido maestro mayor de Obras del Municipio, Pancho Torres, en unión de su amigo D. José Franchi, añorando los ominosos tiempos de obscurantismo y de reacción que habíamos derrocado, comenzaron á formar cabildeos y á entablar relaciones con la *tiranía* recluída en su finca del Monte desde los primeros días de la Revolución.

Debo decirte lector de hoy, que esa tiranía la simbolizábamos los jóvenes republicanos, en el Doctor D. Antonio López Botas á quien, por otra parte, la población debía las bases de su progreso actual.

II

Imponiéndonos á Jurado, nosotros los niños de *El Federal*, como nos llamaban, habíamos formulado una candidatura que, sin presentar al seno de la fracción á que pertenecíamos, lanzamos á la publicidad en nuestro periódico; á más de una gran tirada de ella que hicimos circular profusamente.

Formábanla la gente mejorcita de nuestro bando, entre ellos el ciudadano Garachico; un republicano de los Estados Unidos, el Dr. en Medicina D. José Torres Matos, y un corto núcleo de antiguos progresistas que sacamos de sus madrigueras, donde habían ido á llorar la ingratitud de sus hijos; los que salieron de su seno para levantar las dos fracciones republicanas.

Débotè, lector, una explicación: te habrá dado que pensar lo de republicano de los Estados Unidos. Pues sábese que esta denominación la aplicábamos á aquellos que blasonando de sentir nuestros ideales, no querían figurar como militantes, por no creer, aun, nuestra Nación *preparada* para recibir tal forma de Gobierno — ¡Si fuera en los Estados Unidos! — exclamaban con cierto tono dolorido; y de ahí el mote que les sobrevino.

Debo advertirte que en Europa no había aún otra república que la de Suiza, y que las demás de las Américas formaban un *speciment* que hacían repulsivo el ideal.

Se refugiaban en Suiza algunos para satisfacer sus anhelos republicanos, pero estos eran pocos, muy pocos y, caracterizado, uno solamente:

Mr. Bonnin el relojero; que era de aquellas tierras.

Apenas nuestra candidatura salió á luz y de ella se hizo cargo el público, cuando ya teníamos en la redacción de *El Federal* á los Ojedas y á Mariano Martín ofreciéndonos su apoyo y el de los suyos, que vergonzosamente comenzaron á formar el Partido que se llamó *Bombero* luego, y puso á su frente al Dr. López Botas, traído del Monte.

El lema de este Partido fué el de Unión, Patria y Libertad, llevando esta á la democracia de la extrema izquierda. Pero este lema era una casaca nueva con que vestía López Botas su eterno: *Todo por la Gran Canaria y para la Gran Canaria*.

Tomábamos á chacota los republicanos de una y otra fracción al Partido nuevo, con su lema que equiparábamos con el *carcunda, Dios, Patria y Rey*, ya lanzado á los cuatro vientos; y nos reíamos de su estremada democracia de última hora.

Pero no así el ciudadano Domenech que vió más largo. Este ciudadano orador de masas, gráfico y original como ninguno y para cuyos discursos era yo todo oídos, dió la voz de alarma en uno de ellos, al comparar á los Bomberos *con los machangos que había visto en América, tirándose de un árbol á otro y cuando era de esperar que vinieran al suelo, se quedaban agarrados de una rama con el rabo*.

— Temed, ciudadano, decía finalizando su discurso, al rabo de los Bomberos.

Pero *vox clamabit in deserto*. Ninguno de los republicanos y mucho menos nosotros los de *El Federal* tomábamos por lo serio el *treno* del ciudadano Domenech, creyéndonos invencibles y dueños indiscutibles del mando á pesar de nuestras divisiones y enconadas rencillas.

Pero ¡ay! que el tiempo dió razón al ciudadano aquél.

El rabo de los Bomberos fué como el clavo del Jesuita, y de ahí, en andares más lejanos, la Diputación á Cortes de D. Fernando, que con Puerto de Refugio y todo, y á pesar de la creación del *Diario* y de la supremacía, *orbi et orbi*, que este nos concede en tonelaje, ha venido elaborando la vuelta del casacón que hoy, en las postrimerías del Prócer, nos ha retraído á los oscuros y duros tiempos en que funcionábamos de mesnadas.

Si hoy saliera al público, como en los andares de tus visabuelos lector joven, el armatoste del coche Condal, de no hallarse desvencijado, seguro es que correríamos en pos, como aquellos lo hacían, dando *ajijidos* de servil entusiasmo, hasta caer rendidos con un palmo de lengua fuera, en el extremo sur de la Hoya de la Plata, que era el trayecto debido al *pecho*.

¡Y pensar, que nosotros, los de *El Federal*, inconscientemente, fuimos las bases de estos actuales males, combatiendo á Jurado y sin querer cuentas, en nuestro infatuado *individualismo*, con la fracción de Hernández, á quien denostábamos de *demagoga* y *socialista*!

¡Combatir á Jurado, el hombre probo de avanzadas y sanas ideas, y á más, *lagarto* refinado que conocía el paño como el primero!

¿Qué admitimos el apoyo que se nos brindaba? ¿para que negarlo? Y conste que este apoyo resultaba un modelo de desprendimiento y generosidad política. Nada, en cambio de su ayuda nos pidió el Bombero: la candidatura que habíamos preconizado nosotros les halagaba; primeramente, porque la idea de la democracia más avanzada, que era el ideal de ellos (¡baladrones!) se revelaba en todos los individuos que la componían, y segundo, por que todas las figuradas eran personas muy dignas; y no dijeron

dignísimas por que en aquellos entonces no se inflaban los adjetivos.

Como fué y porqué causa el Dr. Torres Matos, elegido con aquel Ayuntamiento en el concepto de republicano de los Estados Unidos, terminó por ser Alcalde de nuestra ciudad, no puedo precisártelo, lector de hoy. Mi memoria, á la fecha que escribo, cuenta setenta y dos años, y está muy lejos de ser un prodigio: conque bástete con lo que te narro y de la manera que lo hago, sin que me seas exigente, porque te quedarías con el empeño.

El carácter de republicano de aquella Nación lo llevó el Alcalde á su gobierno: recto, á la par que bondadoso y popular, se consideraba siempre en pleno Masachusets ó en pleno Ohio, dirigiendo uno de aquellos municipios; y trabajaba con nosotros, hombres del medio día y españoles, porque guardáramos la corrección de piezas de reloj, en nuestras funciones, que era la característica del modelo.

De paso diré aunque no venga al caso, que el *speciment* de republicano suizo, el amigo Bonnin, se hizo bombero y de los más acérrimos.

Y sigo de largo.

Claro, que á nosotros los jóvenes de *El Federal* no nos cabía en el cuerpo la satisfacción que teníamos por haber creado, que así podíamos decirlo, un tipo de alcalde ajustado al molde de los de aquella nación libre, tal cual nos los pintaba Eduardo Laboulaye en su obra *París en América*, tan popular, entonces, en España y aquí, y que nosotros publicábamos, desde su fundación, en el folletín del periódico nuestro.

Aquel alcalde, pendiente del cumplimiento de su misión, de costumbres intachables que desde el amanecer se veía en la calle inspeccionando las obras municipales que emprendiera, vigilando mercados.

matanzas y despachos de carnes; castigando al que delinquía y evitando la estafa al pobre; que oía á la prensa y consultaba con sus redactores, cosa hasta entonces inusitada, y daba audiencia sin distinción de pobre ni de rico, cotidianamente, á horas marcadas; llenaba nuestras aspiraciones y colmaba nuestros entusiasmos.

Canaria en América: Nos decíamos vanidosamente los de *El Federal* que nos considerábamos padres de aquella edíllica figura norteamericana.

Ninguno respetó más la libertad individual ni fué más fiel cumplidor de nuestro *home rule*; pero tampoco ninguno fué más enérgico para corregir abusos. La higiene y la moral pública eran su norma y con las faltas de estos preceptos no transigía.

El que no barría cotidianamente el trozo de calle frontero á su casa, previniérase para la multa, de la cual no esceptuaba ni al aristócrata más encumbrado, como se dieron casos; las letrinas y pozos negros habían de limpiarse con el mayor extremo de precauciones y los depósitos de basuras y las estercoleras de las fincas cercanas á la población tuvieron que desaparecer en plazo breve.

Y ¡guay! de la *hetaira* que *folgara* al aire libre, como venía tolerándose, en el Callejón del Regente ó en el centro del cáuce del Guinguada; sus huesos, con los del *folgador* de ser cogidos, y lo eran casi siempre, iban á parar al *cuartelillo* sin remisión alguna amén de la multa que no se perdonaba y máxime si era señorito.

De su tiempo data la extinción de las *parrandas*, que en vano había intentado López Botas, las cuales con sus escandaleras y acompañamiento de rotura de faroles, tenían convertida nuestra ciudad en un vilorio.

Nada, que la uniformidad y reglamentarismo norteamericano habían de aclimatarse *velis nolis*, en nuestras costumbres y modo de ser. Y esto lo aplaudíamos y apoyábamos nosotros los chicos de la Pren-

sa republicana, con los del *Federal* á la cabeza, que veíamos con júbilo establecerse lo de *Canaria en América*, entre nosotros.

¡Cuidado! que era cosa de enloquecer la satisfacción de tener en nuestras peñas un vicariato de la América del Norte con todo el sabor de sus libres municipios!

Y todo, hasta el físico de nuestro Alcalde, estaba en carácter: alto, robusto, con negras barbas afeitadas á lo Francklin, presentaba un tipo completo de Yankee moreno.

¿Y su historia? Hijo de cuna humildísima se había hecho un hombre y dado una brillante carrera, á costa propia y á fuerza de trabajo.

Como todos los yankees que *llegaban*, así él.

III

No había función en el teatro, después de la Revolución que no interrumpiéramos en las escenas que mejor nos pareciera, fuesen las que fuesen, para pedir con imperiosa voz, desde las butacas:

¡Marsellesa!

¡Himno de riego!

Peticiones á las cuales correspondía el Soberano desde lo alto del Gallinero, uniendo á las nuestras sus aguardentosas voces, reforzadas por bestial repiqueteo de patadas.

Oíanse, también, desde tales alturas otras, dulces y argentinas, pero no por eso menos entusiasmadas que gritaban á todo pulmón.

¡Viva la República federal!

y pertenecían á nuestras lindas ciudadanitas de San Justo y San Nicolás, cuyo *viva* repercutía por los ámbitos del teatro y hallaba eco principal, por simpatía, en el cuerpo de *Suripantas* que lo contestaban con *amore* desde el escenario.

Algún zapatero voluntario de la compañía de Gutiérrez, daba su ¡viva! al hermano Roque (Roque Barcia, ídolo del gremio), y los había, también, para Pastelar (Castelar), favorito de los oradores de los clubs de los riscos, de los que terminaban sus peroratas con el obligado *ha he dicho*.

—Pero eso era una leonera, me dirás, lector de hoy ¿y como era posible que fueran gentes al teatro en guisa tal de escándalo?

—Pues iban, lector de hoy, y no daban muestras de estar molestas, aunque interiormente así lo sintieran y hasta había *bomberita* muy mona, por cierto, que desde su palco pedía *¡Marsellesa!*

¿Y cuando mandábamos á retirar el número musical que correspondía, para que se sustituyera por el: *Tengo los zapatos rotos*, danza que aquí se había compuesto en honor de Salvochea?

Cuyás, nuestro amigo, tenía el suyo propio y lo cantaba desde su butaca con entera libertad cuando se sentía catalán y patriota. Era el *Cataluña noble*, que con perverso oído y destrozando la letra, decía de este modo:

*Cataluña noble que supiste triunfar con tu heroísmo
De ese vil servilismo....*

Trastrueque de medida y de acento que le hubicra envidiado un poeta modernista de hoy.

—Y el empresario ¿qué decía?

—El empresario, lector de hoy, ni *ofendido* ni *mortificado*, sino contento como unas pascuas, porque éramos el núcleo principal del abono, aunque pareciera paradoja, los muchachos republicanos que armábamos las broncas; porque tras de nosotros se llenaban los altos del edificio con nuestras amiguitas Federales, y porque tras de nuestras amiguitas venían los estafermos federales de sus madres, sus tías y parientas en tercero y cuarto grado, á veces.

A más, entre nosotros figuraban los revisteros que poníamos nuestras plumas á disposición de la empresa y de las artistas, incondicionalmente.

—¿Y teniais dinero para esos gastos?

Lector de hoy: lo teníamos ó lo quedábamos á deber, ó nos los facilitaban gratis, señores que nos apreciaban y nos mimaban, como figuras que éramos en el partido republicano y convenía estar bien con ellas.

Yo por mi parte, aunque con entrada franca de periodista, no la tenía para mi amiga Fraternidad, ni para sus primas Igualdad y la monísima Morejoncita y una de las madres de estas apetitosas federales que acompañaba por el buen parecer; pero con el mochuelo, si la palabra puede emplearse tratándose de jóvenes bonitas, descartando á la madre de buen parecer, cargaba mi amigo, que lo era aunque tenía edad para ser mi padre, D. Fernando Cambreleng; que después nos llevaba á todos á cenar, cuando no lo hacíamos con mi ninfa Eucaris y otras sus amigas del coro.

Perdona, lector de hoy, si me alargo con el relato de estos recuerdos ¡pero son tan gratos cuando se llega á la vejez!

Los redactores jóvenes de los periódicos republicanos, citados por el Alcalde, nos hallábamos reunidos en su despacho.

Nos habló del orden que en medio de la mayor libertad reinaba en la República modelo de los Estados Unidos: de la seriedad de caracteres de aquellos hombres libres, trasunto del que importaran de sus hermanos mayores de la Vieja Inglaterra. Que *Jon Bull* y *Jonatan*, aunque con distintas formas de gobierno, disfrutaban de toda clase de derechos individuales, pero que estos derechos tenían por límite el punto donde podía chocarse con el derecho de otro...

Que el Alcalde nos repetía todo lo que enseñábamos en los comités y en el periódico nuestro, individualista como el que más y propagador de los círculos autónomos; y nos echaba en cara de la manera más fina y política, que nosotros no diéramos el ejemplo, citándonos los casos del teatro, en el cual no respetábamos el derecho altruista de oír tranquilo el espectáculo, que hacíamos nuestro solamente; y por ahí.

En fin, que nos hizo comprender que una cosa era predicar y otra dar trigo, cosa propia de la gente del Mediodía, que usamos y abusamos de la palabra para no hacer nada ó hacerlo mal; concluyendo por rogarnos que en cuanto estuviera de nuestra parte, evitáramos los escandalosos extremos teatrales.

—Ésas cosas no se ven en aquella República: allí se castigan esos excesos, y duramente. Procuren ustedes evitarlos para no verme obligado á ejercer un acto de autoridad que me disgustaría.

Era el Alcalde perorante nuestro ideal: tenía la razón y debíamos agradecerle el acto de atención que tenía con nosotros para darnos la voz preventiva. Los de *El Federal* tomamos la iniciativa y le prometimos, en voz de todos nuestros compañeros, acceder á sus deseos.

Luego, resuelto el conflicto, desapareció la auto-

ridad y quedó el amigo y el correligionario, que nos obsequió con licores y bizcochos, nos propinó buenos puros y hablamos de política y de república.

—Y porque V. no entra en el partido y se hace republicano militante?

—No está la Nación preparada para esa forma de Gobierno.

—Eso *de preparada* es una muletilla, Don José, díjole Paco Morales.

—¿Lo cree V. así? contestó mirando á Paco con insistencia.

Cerramos el pico y no lo abrimos sino para despedirnos.

—Que me dices del Alcalde? Le dije á Paco ya en la calle.

—Que está muy metido en los Estados Unidos; y de prevalecer su ideal de república tendríamos que convertirnos en una legión de cuákeros: y ahora, ¿qué vamos á hacer en el teatro?

—Pues oír tranquilamente la función y dejar que, igualmente, la oiga el vecino, según lo hemos prometido.

—Y nos pide la consecuencia con nuestro credo, añadió Juanito Sall.

—Pero no me negarás, insinuó mi hermano, que hay mucho Massachusetts y mucho Ohio.

—Y más Pensilvania, aún.

IV

Lector de hoy; antes de proseguir mi narración, debo decirte que nuestro Alcalde tenía sus enemigos: primeramente, entre sus colegas, que no le perdonaban sus éxitos quirúrgicos ni las novedades eficaces que habría introducido en la ciencia médica; y en segundo lugar, de modo artero y solapado, asechando en la sombra, en el casacón que aunque caído y al parecer anulado, tiraba sus dardos por segunda mano. Este no perdonaba, á su vez, el origen humilde del hombre que se había encumbrado por si mismo y que los gobernaba empleando con el pobre y el rico igual rasero.

Y de tal acerto te convencerás penetrando en el fondo de lo que he de narrar.

*
* *

La paz reinaba en Varsovia: es decir, las escandaleras en el teatro se habían suprimido, tanto por las medidas rigurosas de la autoridad, cuanto por la correcta manera de los jóvenes de la prensa en los espectáculos y amonestaciones, que en cumplimiento de lo prometido, lanzaban nuestros periódicos.

Era de concordia, aquella, cuando los chicos de

la prensa republicana, estrechando sus relaciones con la autoridad, asistíamos por las noches á su despacho, y en doctrinales pláticas disertábamos sobre política general republicana, y formulábamos nuestros sistemas de aplicación al gobierno de la ciudad teniendo por objetivo y norma lo que con los municipios de la Gran República sucedía.

Sentíamosnos ciudadanos de los Estados Unidos y elegíamos nuestro campo de estudio y aplicación, ya en el Massachusets, ya en el Ohio, otros en la Pensilvania y algunos, que inclinaban al Cuákerismo, se iban á Filadelfia.

Quien, como Paco Morales, aspiraba al Puritano, y quien, como Cuyás, fenómeno de virilidad simiática, elegía el Mormón.

¡Qué tal estado de cosas no hubiera sido durable, y que cuando más en áuge parecía estar, sobreviniera la catástrofe que le dió fin!

* * *

En tales andares, era Juez de primera instancia D. Domingo Fons Salvá, jóven de mis años, y con quien, á los pocos días de tratarnos, entablé íntima amistad.

El fué quién, por recomendaciones mías, resolvió el problema de Pilar la *Proserpina*; del cual problema, aunque te molestes, voy á darte cuenta, lector de hoy.

Pues, érase, que la Pilar, *hetaria* en decadencia, la había emprendido, antes de entrar en funciones el Juez mi amigo, con otra su vecina de igual condición y en igual decadente estado.

Pulcras se llamaron, mutuamente, en pleno Risco; pero la voz de Pilar de más alto y más claro tim-

bre que la de su contrincante, llegó más apercibida á los oídos de los que después fueron testigos.

Y vino la demanda por injurias y calumnia (¡¡Calumnia!!), que la perdió Pilar, y fué condenada á un destierro de kilómetros, cuyo término justo, demoraba entre los pueblos de Guía y de Gáldar.

Algo de lo del alma de Garibay le pasaba á Pilar; ni en un pueblo ni en otro podía residir.

Yo me empeñé por ella con los Plácidos de entonces, y conseguí echarle tierra al asunto, tierra que se limitaba á que no se ocuparan de ella.

Pero dábase que era aquella una época de crímenes, que el jurado, ya establecido, dejaba impunes. Cuando, por ejemplo, en Teror, se reunían en cuadrilla de diez y de doce para forzar una muger y resultaba que los forzadores eran caciques, aquí del Jurado para absolverlos, considerando como *alegro-nes* de muchachos la *fechoría*. Mas, si quedaba en el ánimo de los Jueces un resquicio de remordimiento, para aplacarlo se apelaba al registro del *asunto Pilar*, que les servía como á los hebreos el cabrón sobre quien cargaban todos sus delitos y mandaban al desierto.

A cumplir la kilometrada de destierro, la Pilar: y con tal orden los Plácidos coetáneos quedaban tranquilos.

A la llegada, ó á lo poco, del citado Juez mi amigo, el *asunto Pilar* tomaba una faz nueva: á más del destierro iba á tomar vuelo un casuchillo de su pertenencia, embargado por costas.

Enterarse por mí el amigo, Juez; desbaratar las maquinaciones de los Plácidos y sobreseer lo actuado, fué todo uno.

Y terminó el asunto, del cual, contra mi costumbre, lector de hoy, te he pedido venia para narrarlo.

* * *

Teníamos funcionando en nuestro Coliseo, el de *Cairasco*, pues el nuevo de *Tirso de Molina*, aún, apenas si salía de cimientos, á la Compañía de la Tili, venida no sé si por primera ó segunda vez y si venía con ópera ó zarzuela.

Ni hace al caso el número de órden de su venida, ni tampoco la clase de compañía donde actuaba. Y es más, si tal hiciera no me molestaría en averiguarlo, porque mis notas históricas las refiero, como *menudas*, tal y cual se presentan en mi magin.

Pero era el caso que á la Tili, tiple de fuerza y un tanto jamonada, le hacía la rueda con éxito ó sin él, que tampoco entro en averiguarlo, un tal muchacón alto y feo de cara, de natalidad palmera y amigo de nosotros, cuyos apellidos, que es lo que importa, eran Ramírez Racha, aunque lo de Racha, de origen desconocido, lo convertía el interesado en Rocha; Arocha que otros decían.

Procedía el palmero de estirpe linajuda de aquella comarca, aunque atravesada con igual barra que la de D. Juan de Austria, lo que no quitaba que el casacón de aquí le hiciera acogida agasajadora y le protegiera.

Acogida y protección que al fin y á la postre tuvieron resultados semejantes á los que se leen en la Fábula «El labrador y la serpiente», de Iriarte ó de Samaniego; que bien no recuerdo, ni tengo en ello empeño.

Hízose célebre la siguiente frase suya;

Para matracas la Palma,

en la cual prorrumpió oyendo la de aquí, en el primer viernes santo que conoció, después de su residencia entre nosotros.

Pues este juzgador de matracas, hecho procurador primeramente, y más tarde, abogado *sietemesino*, era, en los entonces, aquellos, Ricardito de primera fuerza cabe la Tili, ó cabe el Empresario ó cabe el atrezista Antonio Santana, pues estas diversas opiniones se vertían sobre tales cabeas. Pero lo cierto

era que á pesar de la diversidad de pareceres, en el palco escénico, y aún en los *camerinos* de las artistas entraba y salía como por su casa.

Nosotros, los revisteros que éramos también asiduos asistentes de los *camerinos*, donde interesadamente se nos hacían buenas carantoñas, no dejábamos de profesarle cierta inquina à aquel amigo visitante, que amortiguaba, en cierto modo, la consideración de que no veíamos en los artistas, empezando por la Tili, jamonota pronunciada, ninguna muestra ni señal de preferencia, antes por el contrario, á veces, parecíanos que se le recibía y soportaba por cumplimiento.

Si fuera del *camerino* y en la soledad y silencio propio para ciertos lances, eran otras las atenciones que se le guardaban, refiriéndome á la zalemota de la Tili, allá ella y él, y que les aprovechara.

Y te supongo, lector de hoy, harto de tantas historietas; pero tu tienes el recurso de dejar su lectura cuando se te ocurra sin que por ello me causes el menor disgusto:

Aun me acuerdo del
laissez faire, laissez passer
de mis hermosos tiempos juveniles.

V

El Cairasco estaba lleno de bote en bote, aquella noche. En los palcos resplandecían las bellezas de primer orden de las niñas Llarenas, Casabuenas y Rochas. Agustina Bravo con su encantador talante de dama medio eval y la graciosísima morena Rosa Negrín, eran dos notas de hermosura que enloquecían. No quedaban en zaga los Navarros entre las cuales se distinguía Chanita, de quién fui admirador platónico por mucho tiempo porque no quiso permitirme más ni yo se lo propuse.

Y por igual patrón corrían todas, pues era aquel un tiempo venturoso donde la belleza de nuestras mujeres se hizo proverbial en la provincia y fuera.

Y héteme lamentándome de mi carencia de adjetivos, pues nunca con más verdad ni en mejor ocasión podía aplicarlos.

En la galería, y no en el gallinero, entiéndase bien porque en aquella noche tenía dinero, ganado, no con el sudor de mi frente, sino viéndolas venir en el Casino; las Ciudadanas Fraternidad, Igualdad y la Ciudadanita Morejón ocupaban asientos delanteros; detrás una de las brujas, madres de ocasión.

Que podían sufrir el parangón con el brillante feminismo de los palcos, mi rubia Fraternidad, su morena prima Igualdad y la jovencita Morejón, ¿para qué decirte?

También en el delantero de la galería y cercanas, se hallaban otras dos chicas apetecibles: las dos Quin-

teros. La rubia y agraciadísima hermana mayor y la que le secundaba, morena y no menos agraciada que fué luego la *mae é mis hijos*, y por consiguiente de la hoy célebre Ursulita López.

El gallinero, surtido de masas Soberanas, donde predominaba el sexo feo y las ventosidades.

En las butacas, lunetas entonces, y aunque de asiento de madera, mil veces menos incómodas que las que son tales en el Teatro «Tirso de Molina», «Gran Teatro», «Teatro Stagno», «Pérez Galdos» ó Negrín-Lafé, ó lo que sea, al cabo, toda nuestra juventud *chic*, como entonces se decía.

No recuerdo si era Zarzuela ó si Ópera lo que se tenía entre manos, pero si que había baile en los entreactos.

Se levantó el telón en medio del silencio y del orden más correcto: ya hacía algún tiempo que estábamos hechos á esta compostura. Nuestro Teatro nada tenía que envidiar en esto al más serio del Massachussets ó del Ohio y aun de la misma Filadelfia, y para más sostener la comparación, estaba mi manera de sentarme en mi luneta, siempre delantera, apoyando mis pies sobre la baranda que separa los músicos.

Antes de alzar el telón había subido con Paco Morales al palco municipal á entrevistarnos con el Alcalde que tenía que darnos un escrito suyo doctrinal para poner en nuestro periódico, y lo encontramos con semblante regocijado y satisfecho del orden que reinaba.

Y comenzó á desarrollarse el argumento del primer acto que terminó en medio del silencio más completo, no interrumpido sino por el ruido de los aplausos que tenían lugar con peso, medida y oportunidad matemática como pudieran en el Ohio ó en el Massachusset.

* * *

Y vino por fin el baile de intermedio.

Que no era otro sino el *trípili-trápala* que te dije, lector de hoy, al principio, denominado el *Trípili*, reduciendo el nombre á la mitad.

Como te dije también, del *cinematógrafo*, reducido á *cine* ó sea la tercera parte justa de sus sílabas.

Que el suceso que narro tuvo lugar en el tiempo de la Nanita, lo sabías por tradición, y ya ves como la tradición se ha engañado, que suele hacerlo, porque eso es de mi tiempo de joven, cuando tu serías un niño.

Que era un baile indecoroso y descocado, según la misma, y en esta aseveración tienes un segundo engaño de la tradición.

No te digo que ese baile del *Trípili* fuera tan inocente y tan soso como las folías nuestras; pero si que de ese baile á las danzas más recatadas que ves hoy en el Teatro, había tanta diferencia como entre los bailes de David en torno del arca y los de los filisteos alrededor de Moloch, su ídolo.

Entonces no se levantaba la pierna, como se levanta hoy, ni se empleaban las contorsiones de vientre y meneos de caderas que hoy se estilán. El tonelete no permitía jamás sino ver el arranque del muslo y nunca, ni por ningún concepto, daba lugar á la exposición del nalgatorio. El zángano del bolero preocupado con el trenzado de sus pies, no tenía ojos sino para ellos y no para fijarlos, con expresión pseudo-simisca, en las bellezas *fanées* de su pareja, como hace el *cupletista* adjunto en estos tiempos.

Y sobre todo no existía el insoportable quita y pon del sombrerito cordobés.

En resúmen; el baile del *Trípili* era una sencilla gallegada que apenas si llevaba una pequeña ventaja en animación á nuestras folías.

¡Oh, lectora de hoy! Tu misma, á pesar de tu pudor femenino hubieras renegado de la sosería de ese *Trípili*, donde el mayor atrevimiento, la mayor liber-

tad y malicia estaban reducidos á burdos y tímidos restregones de espaldas del marujo y la maruja.

¡Claro!, que los Kuákeros de Filadelfia y de la Pensilvania hubieran renegado del *Trípili-trápala* á pesar de su sencillez y sosería: digo, los de aquellos entonces, que los de hoy son ya más largos: cuaque-
ria aparte.

¡Y que distintos eran aquellos espectáculos á los de hoy!; ¡Como había música buena y letra bien tramada en la zarzuela! ¡Que de chistes cultos y rebo-
sando de ingenio en los juguetes y piezas pequeñas, como el «Último mono», «Nadie se muere hasta que Dios quiere» y otros de igual jaez que jamás necesi-
taron de la verdolaga para extremar el gracejo!

Vinieron los bufos de Arderius, y ni aún entonces se usó, ni mucho menos, se abusó del verde. Lo prueban «El joven Telémaco», la «Isla de San Bor-
rondón», «Entre mi mujer y el Negro», y tantas otras más de ese tenor que ahora no recuerdo.

Por eso, nosotros los de aquel buen tiempo de regocijadas y decentes musas, nos dorminos en el Teatro ó nos asqueamos y dejamos el campo libre, saliéndonos, cuando nos ponen el *género chico* en la zarzuela y renegamos de sus pretendidos chistes, que los de más punta ática son del siguiente tenor:

El uno. Ella llevaba el libro en la mano y el no-
vio se lo vió.

El otro. ¿Se lo vió? ¡Cáspita! ¿se lo vió? ¿Estás
seguro de ello?

Y á reir luego como gañanes y á patear como
bestias mulares y á quedarse impávidas las señoras.

VI

—¡Otra! ¡otra! se dijo tímidamente al principio, sin mucho gritar, por los dos Saros, Bary y Chamseaur que estaban en la fila de lunetas, trasera á la mía.

—¡Otra!, gritó un poco más alto y con mayor insistencia mi futuro cuñado Eduardo Benítez, no letrado aún.

Y ¡otra! ¡otra! prorrumpió estruendoso un público del medio día que ya estaba harto de ser Norte-americano.

Era, porque ya lo habrás adivinado en tu perspicacia, la repetición del baile *Tripili* lo que se pedía, lector de hoy.

Quedaron los artistas en el escenario paralizados, pero sin pensar en retirarse, y la orquesta largando pitazos sueltos al propio capricho sin tener cuenta con la batuta que levantada en el aire no daba señales de moverse.

Algo había que hipnotizaba á músicos y bailarines, y ese algo debía venir de cierta parte y de cosa que influía poderosamente, porque las miradas de unos y de otros parecían converger hácia un punto dado.

Y este punto ó foco de poderío no era otro que el palco presidencial de donde se esperaba una señal que se retardaba.

La indecisión y el mutismo de músicos y danzantes, porque los instrumentos habían cesado en sus

anárquicos pitazos y arpejiaduras, imprimió una nueva y más tenaz insistencia en él:

¡Otra!, ¡otra!

Reforzado ahora por la voz sonora de Ramírez Racha que presuroso vino de fuera á ocupar su butaca de costumbre.

Salieron los bailantes de su estado de parálisis y trataron de emprender viaje á coger bastidores, cuando de la galería salió un grito potente de... ¡No se vayan!; ¡Que repitan!.. lanzado con vaho aguardientoso por un cabo de voluntarios de la Compañía del Convencional Gutiérrez, el ciudadano Juan Melián Marrero.

Estática quedó luego la pareja de baile, y al oírse el berrido del soberano:—¡Que se *asperen* que no se *vaigan!*—se presentó en la escena el Empresario.

—Respetable público, dijo, como es costumbre de llamarlo, así lo compongan gañanes.—El ciudadano Alcalde prohíbe la repetición y á más la ciudadana bailarina está ma...

Y aquí fué ella.

Aquel público hecho a *fortiori* Norte-americano, no pudo contenerse, y como *Zapaquilda la bella* de la fábula, al sentir el olor del ratón, rompió con sus postizas galas para volver á ser gata: así éste, al menor conato de bullanga, se echó á la espalda la impuesta corrección yankee y tornó á su primitivo y esencial modo de ser de alborotador y escandaloso hijo del mediodía.

Los ¡otra!, ¡otra!. ¡Que repitan! se incrementaron mezclados con ensarrados vozarrones que bestialmente descendían de los puestos altos ocupados por el soberano repitiendo con tono amenazante: ¡Que se *asperen!* ¡Que no se *vaigan!*. Y todo en medio del ruido atronador de bastonazos sobre los espaldares de las lunetas y el repiqueteo de patadas en las alturas.

El Teatro parecía venirse abajo,

—¡Fuera el Alcalde!, ¡Fuera el Alcalde!, fué el

grito unánime cuando se notó que los hijos de Euterpe y de Terpsicore con sus estómagos descompuestos por el pánico, habían abandonado sus puestos.

— ¡Fuera ese Alcalde!, gritaba frenético Ramírez Racha, como queriendo dirigir el alboroto y con él gritaba de igual modo Pepito del Toro, escribiente, entonces, de don Ignacio Díaz, abogado casacón y le acompañaba, por amor al arte y por su condición de rasca-rabias el maestro de música Rafael Dávila (Cachowen). Y ahora recuerdo, que como faraute de primera fila, figuraba igualmente un joven casacón Periquito, entonces, y hoy, anciano, D. Pedro Manrique.

En medio de aquella barahunda y de aquella bulla atronadora, pudo mal oírse la voz del Alcalde, que, de pié en el palco y en actitud digna y sostenida, mandaba á despejar.

Y lo hicieron y más que de prisa, las señoras y señoritas de los palcos y alguna que otra dama de la galería; pero no las valientes republicanas de la misma y del paraiso que acompañando la actitud de los hombres se resistían á salir del local, á pesar del repetido ¡despejen! de la autoridad; continuando los gritos subversivos ya convertidos en bramidos estridentes y si es, no es, amenazadores.

De pronto.

— ¡Descan..., ar! ¡ar..., ar! en el patio y dos ¡descan..., ar! ¡ar... ar! en las alturas de un piquete de tropa blanquilla de la guarnición, que penetró en el Teatro repartiéndose entre patio, galería y gallinero, cuya actitud fué la de estacionarse en aquellos puntos, tal vez considerados por ellos como estratégicos y descansar sus fusiles de pistón con toda la precisión que pide la ordenanza después de cumplido el ar... ¡ar!.

Ni una voz de intimación, ni nada. El público comenzó á desfilar callado y sin la menor demostración de resistencia; siendo el primero en desaparecer Ra-

mírez Racha, con su edecan ciudadano Ramón Marca el puesto.

Desierto el local, la voz marcial mandó:

—Tercien! ¡ar!...

—Media vuelta... ar!

Y con algo más de media vuelta en unas partes y en otras de menos, porque los hombres de armas estaban esparcidos, y á medio obstruir los pasillos, salió el piquete una vez reunido, á paso redoblado para el punto de su procedencia, y el Alcalde á lo poco también con sus dos municipales.

* * *

A los pocos pasos de andar el Alcalde y sus dos municipales que se retiraban para sus respectivos domicilios, una parte de público apostada en las afueras en acecho premeditado, dirigido ó capitaneado por Ramírez Racha y donde bullían los dos Saros, mi futuro cuñado y el cabo de voluntarios de Gutiérrez en primer término, siguiólo, aunque no muy de cerca, abuchándolo ó *abobiándolo*, como aquí decimos, y repitiéndole.-- ¡Fuera el Alcalde!, y otros denuestos del estilo que lo ofendían como autoridad, pero no como persona.

Pero ya á medio trayecto hubo un grito de:

—¡Fuera el hijo de zapatero!... ¡Fuera el negro!

¿Comprendes ésto, lector de hoy? Tú, que aunque seas de *El Partido*, por más que ante sus prohombres casacones, inclines tu cabeza y abduques tu dignidad, te burlas de las preocupaciones nobiliarias; comprendes que en época esencialmente democrática como era la de aquellos andares, y dominando la idea republicana, se le echara en cara á un individuo

que se había hecho por sí mismo un hombre de valer, la humildad de su origen?

Pues, sábetete que la expresión de ¡fuera el hijo de zapatero! salió de boca de un republicano furibundo, que conozco y no nombro porque no quiero que la posteridad, si acaso llegan á ella mis escritos, sepa del nombre de un majadero, por no decir peor, como desgraciadamente sabe de Erastótenes que con mano criminal quemó el templo de Diana. Y no lo disculpa sino que lo agrava lo de que el grito se lo hubiera sugerido el Periquito.

Y una vez tomado lo de *hijo de zapatero*, como denuesto, fué repetido y repetido con escándalo y fruición hasta que el Alcalde penetró en su casa, en medio de nuevos gritos de «¡Fuera el negro!»

Por supuesto, la turba por mucho que fuera su encono y muy alto que fuera su gritar, guardó siempre una distancia que podía considerarse como honesta, del grupo formado por el Alcalde y sus dos municipales.

VII

Al despertar el alba del siguiente día, ya estaban enchiquerados, en la cárcel del Partido, Ramírez Racha y el Periquito, y algo más tarde siguieron los dos Saros, el cabo de los voluntarios de Gutiérrez, Juan Melián Marrero, y por último mi futuro cuñado Eduardo Benítez.

También sufrieron igual suerte en la tarde de aquel día, ó en el siguiente, Pepito del Toro el escribiente del abogado D. Ignacio Díaz, y el rasca rancias maestro de música Rafael Dávila (Cachowen). Hoy, si hubo más, no recuerdo de otros.

Por supuesto que se formó la correspondiente causa, no sé si criminal ó como, porque de las cosas de curia entiendo poco, y tampoco sé porque inhibieron de ella á Fons, mi amigo.

Mi novia, la hermana de Eduardo, la que fué poco después mi esposa, estaba inconsolable con la prisión de su hermano; y yo, para atemperar un poco sus dolores, le compré un aderezo, que medio machucado por nuestra hija durante el tiempo que lo usó, pasó á la nieta, Picharo que tiene fama de hermosa; como fué bonita su madre y de espléndido buen ver su abuela. Pero; ¡que si quieres! en el alma sensible de aquella mi mujer, no entraban consuelos de este género.

Los detenidos eran constantemente visitados y por gran afluencia de personas de todas las clases de la sociedad, hasta el extremo de tener que pedir los interesados que se señalasen horas determinadas

para las visitas, pues de otro modo ni para sus comidas ni reposo tenían tiempo.

El atestado, la causa, el rollo, el ramo separado, el expediente, ó lo que fuese y para lo que fuera, pues vuelvo á repetir, no entiendo palabra de la jerga curial, pasó á la Audiencia, quitándosele al Juez Fons.

Presentáronse como defensores, espontánea y gratuitamente, el cura Emiliano Martínez, que, aunque de la cáscara amarga, al decir de la gente, cura era y abogado; además, y los que de tales ejercían sin curato; mi amigo Rafael Castro y D. Francisco Doreste Ríos.

Bomberos ambos, con vistas á casacones, y neo el otro por espíritu de cuerpo, como había que suponerlo. Abogados tenía la viña del Señor, es decir la gente republicana y liberal, y esa oficiosidad de los letrados reaccionarios era, cuando menos, de sospechar.

Pepe del Toro, escribiente del letrado D. Ignacio Díaz, otro casacón más á la cuenta, funcionó de amanuense en las diligencias que se practicaron y sacó las copias de los escritos.

A los quince días de detención, la Audiencia sobreseyó el asunto, y todos, desde el *Racha*, primer fautor, hasta el cabo de voluntarios de la Compañía roja del convencional Gutiérrez, volvieron á sus casas.

Se ensanchó el corazón de mi novia, yo recibí la primera esquila remitiendo la cuenta del aderezo, que no pagué con aquella primera de cambio, si así puedo llamarla, ni con otras varias que le sucedieron, sino mucho más tarde, tomándome dos de los plazos del judío: *tarde y mal*.

De las copas que empinó el cabo de la compañía de voluntarios del Convencional Gutiérrez, con el regocijo de verse libre, no se sabe la cuenta; pero si que la del importe, si se realizó, lo fué más tarde que la mía del aderezo.

Y he ahí, lector de hoy, el final del asunto del *Trípili*, reducción del *Trípili-trápala*.

* * *

Y como los Alcaldes de entonces tenían vergüenza; el de autos, al verse impopularizado, renunció su cargo, con lo cual perdió Las Palmas uno de los mejores que ha tenido.

* * *

Además, habrás comprendido del conteste final del relato, que la mano oculta del Casacón, medió arteramente en el asunto, y que los dos Saros, mi futuro cuñado Eduardo, Pepe del Toro, y el repetido cabo de voluntarios de la Compañía del Convencional Gutiérrez, les hicieron inocente é inconcientemente el juego.

El Dávila no: ese se lo hizo á sí mismo: á su carácter de casca rabias, y si es ó no verdad, á él se le atribuyó el iniciar lo de ¡fuera el negro!

* * *

No sé, lector de hoy, si la tradición te ha dado cuenta de quien fué el Alcalde Torres Matos; los viejos que como tal autoridad lo conocieron, te dirán que fué un segundo López Botas, aunque con más li-

bertad de acción, porque nunca tuvo los compromisos de aquél. Su tiempo, sacrificando su clientela en mucha parte, y cuenta que de élla vivía, lo dedicaba al cumplimiento de su cargo con un empeño y celo nada común.

Con él no salían maestros Pepes, pues un tal Morales, capataz entendido de obras públicas que mi hermano y yo le recomendamos y tenía al frente de los trabajos municipales y fué uno de los agraciados por la Junta Soberana con el título de agrimensor, no pudo hacer Agosto ni Enero, sino vivir arreglado á su sueldo regularmente pagado.

Al que faltaba, fuera rico ó pobre, lo multaba, y no había tutías ni recomendaciones; si alguna vez perdonaba una multa era en favor del último, pero nunca del primero.

Los estercoleros de los ricos en las Vegas de San José y de fuera la Portada, formados con detritus de materias fecales casi caían sobre la población y eran un peligro para la higiene. A toca teja los hizo desaparecer comenzando por los de los Condes y de los Rochas. Igual sucedió con los cerdos de los aristócratas, que como dije, formaban legión.

El lo veía todo, lo inspeccionaba todo y sus informes de *visu* no podían ser mixtificados por sus agentes.

Nosotros, los de *El Federal*, le queríamos con verdadero afecto y le admirábamos; llenándonos de orgullo con aquel Alcalde norteamericano que considerábamos como creación nuestra.

¡Oh, si mi amigo y compañero de letras y de armas, Paco Morales, viviera, su mejor *belitto* de adjetivos me lo hubiera facilitado para confeccionar este artículo, él, que era su primer admirador, ó lo hubiera escrito por mí, que hubiera sido lo más cierto.

Como médico-cirujano, entre sus éxitos alargó los días de mi padre, cuando ya sus colegas de aquí, que le hacían cruda guerra, le habían deshauciado, después de haberle hecho una mala cura, que impidió

que la de aquél no hubiera sido tan radical como hubiera estado de su mano.

Sin embargo, mi viejo duró doce años más. Y aquella cura fué gratuita, sin que tuviera, para merecer tal favor, otros motivos que el de haber simpatizado con el enfermo, á quien antes no conocía, y el hacerse cargo de que los recursos de mi casa eran estrechos. (Dios se lo haya pagado).

*
* *

Y como epílogo, lector de hoy, voy á darte cuenta de un asunto enteramente ágeno á lo que escribo.

Hoy domingo, 9 de Noviembre, acabo este escrito; y hoy mismo son las elecciones de concejales. Pensaba votar un candidato republicano; pero enterado del contubernio acuático que estos han hecho con D. Felipe, me decido á depositar en la urna una papeleta en blanco.

Pero me dicen que entre los candidatos de mi colegio está Sánchez Monroy, el concejal que cuando me saluda lo hace con aire de protección, que no le pido.

Y *cojo y me digo*: pues, á votar á ese.

Y votado está.

Que siga saludándome, si quiere saludarme, con el aire de protección que no le pido, pues no quiero que me agradezca el acto; que es solo una humorada propia de mi carácter.

P. S.—Aquel amor frenético de Ramírez Racha por la Tili tuvo un final más que prosáico, ¡curial! Este Racha le puso demanda por no sé que cuestión

de un piano, como hubiera hecho un tosco amador de la cumbre, á su bello ideal, la jamonota diva.

Otro sí: bailaron el *trípili* la Agustina, parte de por medio, de por tercio, ó cosa así. Feota ella, de cara torcida y aire desenvuelto, y Gallardo de parejo, que no recuerdo como era de físico ni cual su categoría teatral. De aquel tiempo y de aquel baile data la primera *coupletista*, la dicha Agustina, y el primer *couplet*, que fué como sigue:

*Con Clavijo y con Larena
y con Nicolás Navarro,
bailaría con más gusto
que con el tío que bailo.*

Siendo Clavijo el simpático y ocurrente Coronel de Ingenieros de entonces, Larena un pollo guapote, Jacinto de nombre, y Navarro el celebérrimo Polliuto, que como al negro del cuento, solo en *chumbereta* le podían ganar.

¡Pero, ¿no notas, lector de hoy, cuanta inocencia paradisiaca revela la coplilla?

Otro sí.—Como me lo contaron te lo cuento.

Háme asegurado un anciano señor, testigo presencial, que el primero que llamó *negro*, encarándosele, al Alcalde Torres Matos, fué *punido* por el atrezista Antoñito Santana que estaba cercano, con *man* poderosa; cuyo *puño en rostro* hizo fincara en tierra y rodar escalones al de la *follonada*.

